

CABALLITOS DE MADERA

Antología de cuento infantil
y juvenil





**CABALLITOS DE MADERA
ANTOLOGÍA DE CUENTO
INFANTIL Y JUVENIL**

**SELECCIÓN
ALONSO GUZMÁN**

*El espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos,
reconocernos y escribirnos*

CABALLITOS DE MADERA ANTOLOGÍA DE CUENTO INFANTIL Y JUVENIL

**SELECCIÓN
ALONSO GUZMÁN**

José Edmundo Hernandez
Mauricio Pérez Sánchez
Daniela Rodarte Córdoba
Alejandra Gotóo
Goyo Rotten
Yahaira González Barajas
Judith González Pérez
José J. González
Vanessa Balderas Guadarrama
Marifer Michel
Adso E. Gutiérrez Espinoza



grafógrafxs

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑADOR

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

CORRECCIÓN DE ESTILO

Laksmi Contreras Reyes

Vania Heredia

Fátima Maris

PORTADA

Sergio Ernesto Ríos

JOSÉ EDMUNDO HERNANDEZ

(Toluca, Estado de México, 1989). Licenciado en Composición Musical, pasante en Instrumentista Musical en Guitarra Clásica y en la licenciatura de Contaduría. Obtuvo la Beca del Fondo de Cultura y las Artes del Estado de México en 2017. Es integrante del taller de narrativa de la revista *Grafógrafxs*.

Ivancito el preguntón

Me gusta botar mi pelota, pero deja de botar y siempre tengo que levantarla y volverla a botar. ¿Por qué se acaba? ¿Por qué no puede durar para siempre? Desde que me acuerdo, me dicen Ivancito. Mi mamá me dice Ivancito el Preguntón.

Siempre hago preguntas a mamá, papá, a *miss* Rosy, a Pepe, Rotly, a la tía Lucy y al abuelito Melquia.

Cuando le pregunté a mi mamá qué es la lluvia, dijo cosas como gravedad, tensión superficial y precipitación. ¿Les digo un secreto?: nunca entendí por qué mi mamá me dijo esas cosas. Después descubrí que la lluvia es cuando las nubes (que son de algodón) se rompen y el agua se tira haciendo un reguero. Yo creo que por eso a mi mamá le molesta que llueva, pues pone una cara igual que cuando se me cayó el vaso de agua en la mesa. Hice un reguero y no dejó de regañarme hasta que se le olvidó.

“¿Qué son los amigos?”, le pregunté a papá. Él sólo dijo, con voz mandona y regañona, cosas como fraternidad, lealtad y confianza. Yo no lo entendí, aunque no se lo dije. Pero sé que Pepe es mi amigo porque jugamos fútbol y a veces a las escondidas. Cuando Pepe no quiere jugar ni fútbol ni a las escondidas ya no es mi amigo. Pero otros días sí que jugamos y somos los mejores amigos.

Otro amigo mío, aparte de Pepe, es Rotly. Rotly es mi perro y está conmigo desde que recuerdo. Rotly juega mucho y le gusta que yo lo acaricie; siempre huele a pasto y a tierra.

Me gusta acariciarlo porque es suave y no deja de mover sus patas de felicidad. Un día ya no quiso jugar; lo vi en el patio sin moverse y no respondió cuando le hablé. Mi mamá me explicó que a eso se le llamaba muerte, y me dijo cosas como trascender, pasar la existencia a otra dimensión. Yo sólo sé que la muerte es estar frío. Rotly estaba frío y tieso cuando lo enterramos en el patio. A veces lo extraño. Bueno, eso me dijo mi mamá que siento cuando quiero jugar con Rotly y no puedo hacerlo. Extrañar me pone triste, eso no lo tuve que preguntar, yo lo descubrí solito cuando una vez vi a mi papá llorar y mi mamá me dijo que lo dejáramos solo, que estaba triste. A veces recuerdo a Rotly, lo extraño y eso me pone triste.

—Oye, papá, ¿qué es la vida? —pregunté.

—No andes preguntando cosas, Iván, ve y pregúntale a tu madre —contestó con voz enojona.

—Mamá, ¿qué es la vida? —pregunté.

—Mira, Ivancito —respondió después de observarme por mucho tiempo—, si no dejas de hacer preguntas y no te pones a recoger tu cochinerito, por tu vida que te voy a castigar.

No sé qué es la vida, pero mamá cuando me habla enojada me da miedo.

Decidí no preguntarles más, pero el lunes en el recreo, cuando estábamos jugando fútbol, Pepe se me acercó para recoger el balón después de un gol que me había metido, y volvió a la carga: “Oye, Pepe, ¿qué es la vida?”. Pepe es muy distraído y de seguro no entendió nada, porque tomó el balón y sin dejar de mirarme despejó y me dijo: “3-1, Ivancito”. Luego se

fue corriendo. Ya no le volví a preguntar porque le comencé a decir que ese gol no había valido.

Aunque Rotly no hablaba, si dejara de estar muerto, le preguntaría qué es la vida, pero ya no quiero pensar en Rotly porque lo extraño y me pongo triste.

Mi maestra de segundo se llama *miss* Rosy. Ella me agrada porque es muy sonriente, siempre huele a chicle y sabe muchas cosas. Cuando no sabe algo, lo busca en sus libros. Pero no entiendo por qué después de preguntarle qué es la vida, me tomó de la mano y me dejó en la dirección hasta que llegaron mamá y papá. No sé qué les dijo, sólo sé que mi papá me llevó al coche apretando mi mano muy fuerte y mi mamá me observaba todo el tiempo. Esa noche escuché cómo hablaban muy enojados. Sus gritos no me dejaron dormir. Después de sentirme triste, decidí ya no preguntarles más a ellos.

Un día después mi papá llegó con un regalo para mí. Con voz seria y algo enojona, me dijo: “Se llama Hércules y debes cuidarlo muy bien”. Hércules me agrada, pues es una tortuga tranquila que se mete por mucho tiempo en su casa. Siempre huele chistoso, como huele el cuarto donde mi mamá lava la ropa. Hércules de seguro sabe qué es la vida, pero nunca puedo preguntarle porque cuando quiero hacerlo y me acerco, se esconde y no sale hasta que yo me voy de su pecera. Por eso no puedo saber su respuesta.

El lunes me quedé en casa de tía Lucy. No me agrada porque siempre está hablando por teléfono y no me hace caso. Además, su casa huele como cuando mi mamá pasa el trapo

limpio por la mesa. Yo estaba sentado en el sillón esperando a que Hércules saliera de su casa, cuando tía Lucy pasó diciendo: “Es que la vida es complicada, la vida es difícil”. Creo que por eso siempre está triste. La he visto estar triste muchas veces en la cocina, cuando piensa que estoy dormido o que estoy jugando en el patio.

Ayer vino mi abuelito Melquia. Él me agrada también. Cuando no está dormido juega conmigo y tiene su propio olor. No he encontrado el olor de mi abuelito en otro lugar. Ayer me espantó, porque yo estaba distraído observando a Hércules, y me preguntó:

—Ivancito, ¿qué estás haciendo?, ¿por qué estás tan callado?

En lugar de contestar su pregunta, yo lancé otra:

—Abuelito Melquia, ¿qué es la vida?

Recuerdo que se me quedó mirando y pensé que me regañaría como mamá, papá o *miss* Rosy, o que no me diría nada, como Pepe.

—Ivancito, escucha bien lo que te voy a decir. Ponte de pie y respira profundo. —Sin pensarlo, me paré y respiré lo más que pude—. No, así no, más despacito, que pase el aire poco a poquito. —Lo volví a hacer más despacito y lo hice dos veces más como me dijo. Se acercó sin quitarme la vista y escuché nuevamente su voz tranquila—. Cuando tengas ganas de preguntar qué es la vida, respira como te dije y algún día entenderás que eso es la vida.

¿Por qué nadie quiere decirme qué es la vida? ¿Por qué no es tan fácil como saber qué es la lluvia o qué es tener amigos

o qué es la muerte o por qué mi pelota no bota para siempre? Ahora, cada vez que quiero preguntar qué es la vida, hago lo que mi abuelito Melquia me dijo: respiro lento. Y después de sentir cómo el aire frío pasa por mi nariz, me acuerdo de mi mamá, de mi papá, de Pepe, de Rotly, de Hércules, de *miss Rosy* y de mi tía Lucy. Y pensando en ellos recojo mi pelota y comienzo a botarla otra vez.

MAURICIO PÉREZ SÁNCHEZ

(Ciudad de México, 1962). Estudió Ciencias de la Comunicación en la UNAM. Publicó algunos de sus cuentos en el periódico *El Financiero* y fue subdirector de la revista *La Colmena*. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

El escaque encantado de conocerlo

*El ajedrez, lo mismo que el amor y la música,
tiene la capacidad de hacer felices a los hombres.*

SIEGBERT TARRASCH

A y para Valeria

I. Peón dama 1d4

La historia que les voy a contar sucedió en un reino llamado Ajedrez, el lugar de los mil caminos. En la antigüedad, algunos de esos caminos conducían a Victoria, una ciudad húmeda y templada, con picos cubiertos de nieve. Aunque sea difícil de creer, en aquellos tiempos sólo los seres inteligentes tenían permitido entrar a esa hermosa ciudad. Otros caminos llevaban a Derrota, también conocido como el pueblo de las enseñanzas, una planicie fría rodeada de montañas. Entre estas dos poblaciones se encontraba una pequeña villa llamada Tablas, donde todos los pobladores eran iguales, aunque había unos más iguales que otros.

En la actualidad el reino está dividido en dos por una cerca de madera de 3.14 metros pintada de rosa. De un lado se encuentra la comarca Aje; del otro, la comarca Drez. Sobre el porqué de dicha división, los libros de historia no proporcionan una explicación precisa; sólo mencionan a un tal Donald, quien mandó construir la cerca, lo cual no fue ni bueno ni malo.

Los del lado de Aje son blancos como la leche (sin chocolate), por falta de sol, puesto que ahí el cielo encapotado es el pan de cada día. Además, unos altos y frondosos árboles de todo tipo proveen sombra en los pocos días en los que los rayos solares logran burlar a las nubes. Los de la comarca Drez son negros como la noche (sin luna), porque allí el sol brilla con tanta fuerza que tuesta su piel sin clemencia. La arena para los relojes del reino se obtiene de Drez, la cual se transporta por globo a la otra comarca cuando los relojeros blancos la solicitan.¹ Medir y aprovechar el tiempo son aficiones de negros y blancos.

Cada comarca está gobernada por un rey y una reina. Ambas son habitadas sólo por niños, caballos, tortugas, palomas mensajeras y gatos. A la entrada de estas se puede leer la misma inscripción: “Un movimiento es un pensamiento empujado por el viento”.

Los pobladores de estas comarcas juegan mucho, ríen más que mucho, estudian lo suficiente e intercambian presentes. Siempre trabajan conforme a los principios de orden, honradez y ornato. ¡Ah! y les gusta el silencio, pues este les permite pensar, imaginar y soñar despiertos.

En ambos lados del reino existen grupos de peones (de peones y peonas diría el rey tonto, quien gobernó una comarca muy muy lejana y contaminada). Estos grupos, compuestos

¹ Las comarcas intercambian algunos productos por globo. A este tipo de comercio se le conoce como economía global.

por los seres más bajitos, se dedican a cuidar y regar los pastos, flores y plantas. También hay alfiles, pobladores veloces armados con lanzas, quienes se encargan de vigilar los sembradíos recorriendo en diagonal toda su comarca.

En cada lado del reino hay dos torres, llamadas roques; blancas o negras según el lugar en el que se encuentran. Desde la parte más alta de cada roque, un niño vigila las flores, el bien máspreciado por los habitantes del reino, ya que las consideran las estrellas en la tierra. En ocasiones los animales, sin querer, dañan las flores, de ahí la importancia de la labor de estos vigías, quienes al detectar alguna situación peligrosa emiten un trompetazo, el cual indica que todos los habitantes deben estar alertas. Al escuchar esta señal, los comarcanos gritan “aquí y ahora” y aguzan sus sentidos.

La última de las castas de estas comarcas la componen los jinetes, encargados de llevar comida a los peones y alfiles, y de escoltar a los reyes durante sus caminatas matinales. En la fiesta de las flores los jinetes hacen las eles (salto acrobático que consiste en formar la letra “L” en el aire).

Durante mucho tiempo los habitantes de este reino fueron muy pero muy felices. Sin embargo, llegó un día en el que las cosas cambiaron. Siempre en la historia de todos los reinos tarde o temprano llega ese día, pero eso no es ni bueno ni malo.

El día al que me refiero un grupo de peones blancos muy traviosos escondieron una pelota en la bolsa que utilizaban para recolectar manzanas. De haber sido sorprendidos por algún alfil, esos peones hubieran recibido un castigo ejemplar.

Quizá los hubieran condenado a no recibir durante tres días la paleta de hielo a la que todo peón tenía derecho cuando comía bien; o quizá el castigo hubiera sido aún más severo, cruel. Tal vez su pena sería no poder acariciar a los gatos por dos días o incluso algo más terrible. Sin embargo, ningún alfil notó la travesura, y la espesa vegetación de la zona en donde se encontraban los ocultaba de los vigías de las torres. Todo estaba fríamente calculado.

Los peones jugueteaban en la frontera entre las comarcas Aje y Drez, a unos cuantos pasos de la famosa cerca de madera rosa. Gorki, el más travieso de ese grupo y autor intelectual de la travesura, tomó la pelota y, tras una serie de pases entre su equipo, con una fuerte patada envió la esférica al otro lado de la cerca. Poco les duró el gusto.

Anatoli, Andrew, Gari, Alekhine y Nigel se disponían a seguir laborando, ya que una de las 10 reglas de ambas comarcas era: “No cruzarás la cerca nunca. Ninguna circunstancia, motivo o razón, salvo la guerra, serán pretexto para incumplir esta regla”; por tanto, al ver que la pelota había quedado del otro lado de su comarca, dieron por terminado el juego.

Sin embargo, Gorki no pensaba igual. Él estaba seguro de que ningún alfil o jinete pasaría por la cerca pronto, por lo que si alguien brincaba esta y recuperaba la pelota, podrían seguir jugando un poco más. Decir que a Gorki también lo empujaba un deseo de saborear lo prohibido no sería mentir del todo. Este peón comunicó su plan a sus compañeros, quienes, aunque eran los más traviosos de la comarca de los blancos, no

estaban dispuestos a recibir reprimendas por incumplir una de las 10 reglas. Hay fronteras que no se deben traspasar.

Anatoli, un peón budista,² le dijo a Gorki que si quería seguir jugando, debería ser él quien saltara la cerca, ya que ninguno deseaba ser descubierto y recibir un castigo sólo por jugar a algo tan absurdo como patear una pelota.

Ante esto, Gorki emitió una sonora carcajada y contestó: “Mira, Anatoli, tú dices que pegarle a una pelota es tonto sólo porque no sabes patear fuerte. Si en los tiempos libres nada más jugáramos chaturanga,³ nuestras piernas no resistirían los ejercicios de la escuela. Yo saltaré la cerca y recuperaré la pelota, y seguiremos jugando contigo o sin ti”. Anatoli respiró hondo, dejó que se creara un espacio y no contestó nada.

Gorki caminó hacia la cerca y, tras escupir sobre las palmas de sus manos, empezó a treparla, no sin dificultad, ya que el exceso de golosinas había hecho estragos en el cuerpo del peón, tanto que la figura de este era similar al objeto que buscaría del otro lado. No obstante su peso, Gorki, colocando la punta de sus botas con gran habilidad sobre las tablas horizontales de la cerca, logró cruzar el obstáculo rosa. Cuando su cuerpo desapareció, los peones escucharon algunos sonidos extraños y voces incomprensibles.⁴ Luego, nada y más de la misma nada.

2 El budismo es una práctica que consiste en emitir un sonoro “buuuu” ante cualquier forma o persona que quiera disminuir la felicidad de alguien.

3 Juego de azar y guerra.

4 En la comarca Aje se habla sólo en español; en Drez, en jergonza y español. En ambas comarcas algunos grupos utilizan el lenguaje impulsivo, dejándose llevar por la impresión del momento, sin reflexionar las palabras que salen de sus bocas.

Pasó un minuto, y, tras este, otro y otros más, tantos que sumados daban exactamente seis. Los traviesos empezaron a preocuparse, ya que era demasiado tiempo y si Gorki no regresaba, no sabían qué explicaciones darían a los demás habitantes de la comarca, y aunque Gorki no era precisamente simpático, lo apreciaban por audaz.

Transcurrieron otros tres minutos, que sumados a los seis que llevábamos nos dan un total de nueve sin tener noticias de Gorki. Todos se miraban sin poder ocultar su angustia, pero nadie hablaba, nadie se atrevía a preguntar sobre el destino de su compañero. A ninguno se le ocurrió lo más lógico: gritarle para saber qué pasaba. Sólo Nigel se atrevió a susurrar tres veces el nombre de su amigo, tan bajito que aquellas sílabas se confundieron con los murmullos socarrones del viento.

Tan preocupados estaban estos peones que no se dieron cuenta de que detrás de ellos se encontraba el alfil Gata Kamsky, descendiente del filósofo Elliot,⁵ quien al ver que todos miraban hacia la cerca, preguntó: “¿Qué ven, señoritos?”. Los peones brincaron del susto al escuchar la pregunta. Todos miraban a Kamsky, pero ninguno se atrevía a romper el silencio. “¿A alguno de ustedes le funciona la boca?”, preguntó Gata con sarcasmo. “Lo que pasa es que se nos fueron dos pelotas al otro lado de la cerca y estábamos esperando que algún ser de buena voluntad nos las devolviera”, contestó Anatoli sin meditar mucho la respuesta.

5 Considerado uno de los más grandes pensadores; autor de la famosa sentencia repetida por muchos niños: “Ahorita es ahorita”.

“¿Quién les dio permiso de traer pelotas a las labores y cómo llegaron al otro lado de la cerca?”, preguntó Gata arqueando las cejas. Ante el silencio de los pequeños, el alfil ordenó que lo acompañaran de regreso a la base, ya que se acercaba la hora de comer. Estos obedecieron. Ninguno aclaró que una de las dos pelotas mencionadas por Anatoli era de carne y hueso, y que dicha pelota tenía nombre; sí, se llamaba Gorki. Anatoli caminaba doblemente apesadumbrado, ya que además de preocuparle la suerte de su compañero sabía que había infringido la segunda regla: “No mientas. Si lo haces, te mientas a ti mismo”. Gata no reportó la falta ante sus superiores. Esa fue la única noticia buena en la triste tarde de aquellos pequeños.

Después de comer y jugar la partida de chaturanga vespertina, los traviosos peones se fueron a sus dormitorios. Llegó la noche, la cual hizo lo que todas las noches acostumbran hacer; que es pasar; y llegó otro día; digo otro porque ningún día es igual al anterior, por más que los aburridos y sin imaginación insistan en afirmar lo contrario.

Eran las 8 de la mañana. Aún no se había descubierto la desaparición de Gorki, porque en la comarca Aje se pasa lista a las 9:52, minutos antes del inicio de las labores. Los peones traviosos miraban inquietos el reloj de arena. Esperaban un milagro, es decir, que Gorki regresara antes de que se pasara lista, aunque en el fondo sabían que eso no sucedería.

A las 9:35 un trompetazo ordenó a todos los habitantes ir al centro de la comarca. Ese tipo de trompetazo, poco utilizado,

indicaba que el rey tenía que comunicar algo importante. En menos de cinco minutos todos los habitantes de la comarca estaban en el centro de esta, en espera del anuncio de su rey. Otro trompetazo ordenó que el pueblo hiciera una reverencia, pues los reyes habían llegado. El rey Capablanca, acompañado de la reina Blanca Nívea,⁶ se olvidó de todo el protocolo que rodea a este tipo de actos y sin más dio el siguiente mensaje: “Queridos habitantes de la comarca Aje: Hoy es un día terrible, quizá el más triste de nuestra historia. He tenido una larga vida, sin embargo, durante mis 12 años de existencia nunca me he sentido tan desconsolado. Se preguntarán por qué... La comarca Drez nos ha declarado la guerra”. Ante este anuncio, todos los habitantes de la comarca de los blancos empezaron a murmurar, hasta que otro trompetazo ordenó silencio absoluto, en respeto a la investidura del rey.

El monarca blanco continuó: “Uno de nuestros súbditos, no sé por qué razón, osó brincar la cerca de madera y, para nuestra desgracia, fue a caer justo sobre la orquídea susurrante de la reina negra, la requetesuperguapa María Tchibourdanidze (después de esta frase, la reina Blanca Nívea le dio un fuerte codazo al monarca)”. Tras recuperar el aire, el rey agregó: “Esa era la única orquídea de este tipo que quedaba en la comarca Drez, por lo que comprenderán el enojo de los reyes, quienes, sin más, nos han declarado la guerra. He enviado

6 Hija del príncipe Fernando y de Schneewitchen, mejor conocida como Blanca Nieves, actriz y cantante que después de siete años de feliz matrimonio abandonó al príncipe azul y a su hija para irse a vivir con un espejo.

todas las palomas mensajeras que he podido ofreciendo disculpas por lo acontecido, pero también han llegado infinidad de palomas negras con mensajes en los que se señala que lo que hizo uno de nuestros comarcanos es imperdonable y que mañana mismo nos atacarán, en venganza. El rey negro nos reta a una batalla a la vieja usanza, es decir, pelearán 16 soldados blancos contra 16 soldados negros. El ejército que capture primero al rey enemigo será el vencedor y, por ende, el dueño de ambas comarcas y de la única orquídea susurrante que queda, la nuestra”.

Un “noooo” cargado de angustia, expresado por todos los lugareños, fue acallado por otro trompetazo. El rey concluyó: “La alfil Astrid elegirá a los 13 guerreros que, junto con la reina y yo, la acompañarán en la batalla. Todos los demás harán los preparativos necesarios. Solicito a toda la comarca su apoyo y comprensión. Ustedes saben que a mí no me gusta pelear, pero no tenemos otro remedio que defendernos y luchar con honor por nuestra flor. ¡Patria o muerte! ¡Venceremos!”. Con estas palabras, robadas de un relato de ficción escrito por el cuentacuentos Fidel, terminó el discurso del rey.

Los preparativos para la batalla no eran simples. Entre lo más importante se encontraba integrar los ejércitos. Cuando el rey mencionó una “batalla a la vieja usanza” sus consejeros se sintieron confundidos, por lo que tuvieron que consultar diversos libros de historia y de guerra, ya que había pasado mucho tiempo sin conflictos, lo cual, cabe aclarar, no era ni bueno ni malo.

Para la batalla fue necesario dibujar sobre las comarcas 64 escaques (cuadrados) grandototes, 32 por comarca; 32 serían blancos y 32 negros, con lo cual, desde las alturas, las aves y los dioses verían que buena parte del reino era cuadrículada. Esa porción de terreno sería el campo de batalla. Seguramente de esta actividad surgió la frase: “no te hagas la vida de cuadritos”, que significa no te pelees contigo mismo ni con tus semejantes.

También fue necesario acondicionar las cuatro torres del reino como lo establecían los libros de guerra. A estas se les colocaron unas enormes tablas con cuatro ruedas, a fin de que pudieran moverse por los escaques. Por la premura, y debido a que las reglas de guerra limitaban el uso de magia, en ninguna de las comarcas se pudieron construir tablas giratorias, por lo que las torres sólo podían “caminar” en línea recta hacia adelante, hacia atrás, a la derecha o a la izquierda, pero les era imposible moverse en diagonal.

La noche anterior a la batalla fue terrible. Los integrantes de los ejércitos no pudieron dormir de los nervios; algunos hasta se enfermaron de la panza y pasaron más tiempo en el baño que en la cama.

Desde el inicio de nuestros tiempos, los reyes enseñaban a sus súbditos a agradecer cada don; a hacer lo mejor posible todas sus actividades; y a ser puntuales, limpios y ordenados. Por tradición, las escuelas de ambas comarcas eran militarizadas. En ellas, además de materias clásicas, como matemáticas, español, chaturanga, chistología, magia básica e historia de los vencidos, se estudiaban estrategias de combate, se peleaba a

caballo y cuerpo a cuerpo, se aprendía a manejar las lanzas, a arrojar objetos. Sin embargo, todos creían que esas actividades eran innecesarias, que no eran más que un juego que jamás serviría de algo. Pero la realidad les mostró el error en el que estaban. Una batalla se acercaba a pasos agigantados, supongo que con unos zapatotes, y lo que siempre vieron como inútil, en ese momento les podría salvar el pellejo; pero todo eso no era ni bueno ni malo.

II. El valor de las piezas

A las 7 de la mañana de la primera partida del año XV después de Valeria, los dos ejércitos estaban en su posición, si no listos, por lo menos dispuestos a luchar por su honor, por la orquídea susurrante, por su comarca. Cuando los relojes de arena indicaran las 7:30, las hostilidades iniciarían.

Del bando blanco destacaban la alfil Astrid, diestra con la lanza, fuerte e intrépida; la amazona Valeria, quien montaba a Yiya, su fiel y ágil yegua (Valeria, además de ser el nombre de la diosa de la razón, significa valiente, y vaya que esta amazona le hacía honor a su nombre: un día incluso se quedó a dormir en su cuarto sola, con la luz apagada); y el peón Gari, quien podía correr más rápido que un gato con diarrea en busca de arenero.

Entre el bando negro sobresalían la alfil Abril, inteligente, creativa y audaz; el rey Nogueiras II, quien a pesar de sufrir de artritis, como su similar blanco, se movía con inteligencia

y casi siempre tomaba decisiones rápidas, acertadas; Philidor, vigilante de uno de los roques, famoso por su excelente vista (se decía que desde su torre podía ver si los vigías de las torres blancas se estaban sacando los mocos con el dedo meñique o con el índice); y Sofia, una alfil experta en sacar filo a cualquier cosa, en especial a su lanza, la cual podía atravesar árboles gruesos si la arrojaba con fuerza. Por su extraña habilidad, Sofia era conocida como Filo-Sofia. También se decía que ella era experta en “el beso de la muerte”.⁷

Conforme a lo acordado por los reyes, a las 7:30 los primeros movimientos, que fueron de los peones, comenzaron. A las 7:47 muchas piezas⁸ habían avanzado, sobre todo los jinetes y amazonas, pero ninguna se encontraba aún frente a su enemigo. Algunos de los que miraban desde las montañas se asombraban al ver la seguridad con la que los guerreros se movían, a pesar de no haber participado nunca en una batalla de verdad. Parecía como si una mano invisible los tomara por el cuello y los colocara en el lugar más conveniente.

Fue a las 7:53 cuando la alfil negra Abril, aprovechando que los peones blancos habían avanzado demasiado, dejando a uno de los roques sin protección, se echó a andar con rapidez entre los arbustos y, sin que nadie pudiera impedirlo, clavó con fuerza la punta de su lanza sobre los cuatro extremos de la base de madera que permitía el movimiento de la

7 Quien recibe un beso de este tipo queda inmóvil, a merced de su enemigo, como cuando te tocan en el juego de Los Encantados.

8 Nombre dado a los guerreros; de ahí la frase: “Eres mucha pieza”, que significa “eres un gran guerrero”.

torre. Como los golpes fueron asestados con precisión, la base se agrietó, terminó por partirse en dos, y la torre poco a poco se fue inclinando hasta caer sobre parte de la famosa barda. Este hecho se recuerda en los anales de la historia como “la caída del muro”. Los habitantes de la comarca negra que se encontraban apiñados en la parte más alta de las montañas, la mayoría binoculares en mano, celebraron este primer golpe en silencio,⁹ agitando los brazos o frotando las manos.

Al recibir la noticia, el rey blanco hizo una rabieta y, sin pensarlo mucho, pidió a Astrid que fuera en busca del enemigo, aunque la reina quedara sin protección. Astrid obedeció sin chistar, a pesar de que era un movimiento muy arriesgado. Sin embargo, en ese momento la suerte estaba del lado blanco, ya que una torre y un peón rodearon a una alfil negra, permitiendo que Astrid la tuviera a su merced. Astrid y Abril se encontraron frente a frente, pero cuando ambas se disponían a atacar a su contrincante se dieron cuenta de algo sumamente extraño: eran casi idénticas. Lo único que las hacía parecer diferentes era su color de piel. Tanto fue el asombro de ambas que ninguna pudo clavar la lanza en su contrincante, pues les parecía algo tan ilógico como intentar atravesar a su sombra o a su imagen en el río. Eso no fue ni bueno ni malo.

Al mismo tiempo, pero en otra parte del campo de batalla, Sofía, empuñando la lanza más filosa del reino, acechaba a un peón blanco que se quedó retrasado durante la escaramuza

de peones. Filo-Sofía se acercó al peón más callada que un mudo tímido. El peón, con la vista clavada en el frente, no se dio cuenta de que una filosa lanza casi le rozaba el cuello. El dueño de ese cuello era Anatoli, uno de los peones traviesos. Anatoli tuvo de pronto un presentimiento, pues sin voltear sabía que algo oscuro se cernía sobre él. Con miedo, giró su cabeza lentamente, hasta que una lanza le quedó, cual lombriz, picándole la nariz. Filo-Sofía estaba a punto de atacar al peón, pero unas voces en su cabeza la distrajeron. Sofía colocó una mano en su boca, como tratando de callar lo que no decía. Después, su mano parecía de piedra, le pesaba tanto que terminó soltando la lanza, lo cual fue aprovechado por Anatoli, quien sacó de su mochila un mazo y la golpeó con fuerza. Filo-Sofía quedó tendida en el pasto, descalabrada, inmóvil, a punto de disolverse; pero eso no fue ni bueno ni malo.

Filo-sofía inició un viaje por un túnel oscuro con olor a tierra mojada, a lluvia. Era un viaje lleno de imágenes, como un largo sueño. Cuando al fin Filo-Sofía abrió sus verdes ojos, se encontraba acostada. No le dolía la cabeza, pero no podía moverse. Estaba rígida, como una estatua de marfil, como una flauta de madera, como una copa de cristal. Sólo podía mover los ojos y los labios. Se encontraba en una habitación alfombrada con terciopelo verde e iluminada por una luz muy tenue que se colaba por unas rendijas. A su lado, la reina blanca la miraba con atención. De pronto, la reina le preguntó: “¿tú eres quien iba a atacar a un peón con su lanza, y luego se te cayó?”.

9 La quinta regla reza: “No hagas ruidos innecesarios”.

Hablaba un poco raro para ser reina, pero Filo-Sofía entendió la pregunta, a la cual contestó: “Sí, ¿pero cómo lo sabe, su majestad, si no había nadie más ahí?”. “Yo era ese peón”, contestó la reina. Sofía no entendía nada. ¿Cómo podía ser la reina el peón al que no pudo vencer? Ante la estupefacción de Sofía, la dama explicó lo siguiente: “Cuando te golpeé, me acerqué para ver cómo te encontrabas. Yo estaba seguro, ¿o debo decir segura?, de que te había hecho daño. Tenías tus hermosos ojos abiertos, tu cuerpo estaba frío y no te movías. Sentí horrible cuando te vi así, pero tenía que seguir peleando, y te dejé. Seguí caminando lo más rápido posible y llorando, porque yo no te quería lastimar. Perdóname. Luego, mis compañeros me fueron abriendo paso, arriesgando su vida para ello. Llegué casi hasta el final de tu comarca. Mis compañeros me gritaban: ‘Avanza, avanza, no te detengas’. Yo les hice caso, sin saber para qué; nunca he sido bueno en pleitología (*sic*). Apenas había puesto el pie en el último escaque sentí como si me hubiera comido una bolsa de cohetes o un kilo de frijoles; algo explotaba dentro de mí; esas explosiones me convirtieron en lo que ves. Mi voz cambió, mi cuerpo creció, me salieron estas incómodas bolas en el pecho; en fin, me transformé en una dama, en una reina, gracias a no sé qué hechizo, quizá uno parecido al que te inmovilizó, porque fuiste hechizada, ¿no? Después, por distraerme reconociendo mi nuevo cuerpo, una torre me aplastó y, tras soñar en muchas cosas, llegué aquí, donde encontré a esta amazona, a los peones que están en la esquina, a esos roques, con sus tripulantes, a esos alfiles y a ti.

Me quedé esperando a que despertaras. A todos nos sucedió algo parecido, creo. Nadie se puede mover”. “Esto debe ser el cielo”, dijeron todos a coro.

Lo narrado por la extraña reina le hizo recordar a Filo-Sofía una leyenda de guerra que decía que cuando un peón pisaba los primeros escaques del reino enemigo, ese soldado podía transformarse en lo que quisiera, incluso en una reina. Sofía siempre pensó que aquella leyenda era tan falsa como la historia del hombrecillo de las manos limpias, la de la casa blanca o aquella de que por el bien de todos, primero los peones, aunque en ese momento creía que, en parte, eso explicaba la existencia de la cerca.

“Esto debe ser el cielo”, volvió a decir la nueva reina. Si esto es el cielo, esa debe ser la luz divina, pensó Sofía cuando el techo se abrió y una fortísima luz los cegó momentáneamente. Cuando Filo-Sofía recuperó la vista, pudo ver que junto a ella se encontraba su mejor amiga, Abril. Las palabras que Abril pronunció fueron las siguientes: “Acabo de ver algo extraño; estábamos... ¿en dónde estamos?”. “Creo que estamos en el cielo”, contestaron todos al unísono, cansados de repetir lo mismo cada que alguien llegaba.

El grupo de los inmovilizados creció a gran velocidad. De los 32 guerreros que iniciaron la batalla, sólo 7 seguían peleando. Todos los contendientes estaban en la comarca Drez. Philidor protegía con la torre a su rey. La reina negra, María Tchibourdanidze, estaba dos escaques detrás de ellos, desde donde no podía hacer gran cosa por ayudarlos; sin embargo,

blandía su espada para atemorizar al enemigo. Los blancos habían llegado demasiado lejos. Gari estaba muy cerca del rey negro. Valeria atacaba por la izquierda. Si la reina blanca daba un paso más, la batalla terminaría, pues el rey negro no tendría escapatoria. El bando blanco le echaba un ojo al gato (su rey) y otro al garabato (el rey negro), en espera de la instrucción final. Capablanca III dijo, mirando a Blanca Nívea, quien empuñaba su espada: “Avanza, querida”, y después gritó: “¡Jaque mate con tomate!”,¹⁰ puesto que el rey negro había sido capturado. Aquella encarnizada batalla había llegado a su fin.

Después de que el rey soltó esa frase, el tiempo empezó a avanzar lento, tan lento como una tortuga artrítica, pero nadie lo notó, a nadie se le ocurrió echar un vistazo a los relojes de arena. Pero eso no fue ni bueno ni malo.

III. El gambito de la diosa

Tras la victoria, el rey Capablanca III estaba tan contento que ordenó derrumbar completamente la cerca rosa y sembrar la única orquídea susurrante en el centro del reino y que ambas comarcas compartieran la responsabilidad de cuidarla. Cuando se enteró de que el culpable de todo este embrollo había sido Gorki, lo condenó a ser el encargado principal de cuidar la orquídea. También ordenó construir monumentos de madera y de marfil en honor de los guerreros caídos y

10 Frase en una lengua muy antigua, utilizada en ambas comarcas, que significa este arroz ya se coció, este cuento terminó o colorín colorado, este huevo se ha estrellado.

recordar la batalla todas las semanas con una representación de esta.

Nadie notó lo transparente que se había vuelto todo, la lentitud con la que caía la arena de los relojes. El tiempo parecía avanzar como siempre, lo cual era sólo una ilusión. Durante un cortísimo periodo todo volvió a la normalidad en ese lugar, en ese espacio que empezaba a disolverse. Al llegar la noche, sin que nadie se diera cuenta, una sombra entró en el reino para cumplir su misión; era una sombra terrible, de fauces enormes, un espectro majestuoso. Esta forma oscura aprovechó que todos dormían profundamente. Uno a uno los comarcanos, blancos y negros, fueron devorados por la sombra; pero eso no fue ni bueno ni malo.

Te preguntarás qué sucedió. La respuesta es simple: cuando Lúdica, la diosa de Ajedrez, se aburre, toma prestadas almas de niños dormidos que viven en otros mundos (las de la mayoría de los adultos no sirven, por tener desgastada la chispa) para tejer historias enredadas y después jugar a los combates de pensamientos. Gorki, Anatoli, Valeria, Abril, los reyes, Philidor y todos los demás no eran dueños de su destino ni seres de verdad, sólo, piezas en un tablero, almas encerradas temporalmente en un juego. La diosa decide quién ejecutará una travesura, quién será el rey que declare la guerra, qué peón se convertirá en una graciosa majestad, quién llorará al creer que lastimar a su enemigo no era la única opción. ¿Has despertado alguna vez con el cuerpo adolorido, como si te hubieran dado una paliza?, ¿te has sentido por las mañanas como

una pieza de madera que no puede moverse?, ¿has soñado con fantásticos combates? Tal vez alguna noche o en tu hora de siesta estuviste luchando en otra dimensión, en otro mundo, en nuestro mundo, en este reino donde se inventó un juego maravilloso. Quizá gracias a tu alma juguetona el bando negro logró la revancha. Tal vez, sólo tal vez, tú y yo nos conocemos. ¡Ah! Casi lo olvidaba. La sombra terrible, malvada, majestuosa y de fauces enormes soy yo, pero eso no es ni bueno ni malo.

DANIELA RODARTE CÓRDOBA

(Ciudad de México, 1983). Es comunicóloga y maestra en Estudios Visuales. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Mariposas de otoño

Papalotl

Hoy por fin terminamos el papalote. Papá y yo le dedicamos a su elaboración varias semanas. Él se va a trabajar desde muy temprano y cuando llega a casa yo ya estoy listo para irme a la cama, pero en los últimos días, antes de hacerlo, pasamos unos minutos en mi mesa de trabajo platicando sobre el día y pegando tiras de colores de papel de china hasta que logramos formar una increíble ala delta. Ensamblamos primero la estructura, luego armamos una larga cola con retazos de tela que mi mamá sacó de aquí y de allá.

—Está listo —exclamó papá mirándome con orgullo. Él vio la enorme emoción en mis ojos, me lo dijo.

—¿Podemos salir ahora? —pregunté, pues no aguantaba las ganas de verlo volar por primera vez.

—Es tarde, Leo. Además, tenemos que esperar a que haya sol y viento, así nuestra mariposa será más feliz en el cielo. El sábado nos vamos de día de campo con mamá y veremos si hemos hecho un buen trabajo. Mientras tanto, qué te parece si despejamos tu mesa para que puedas dibujar de nuevo y lo colgamos en esta esquinita del cuarto.

Pasé los siguientes tres días contemplándolo, con muchas ganas de que por fin llegara el gran momento. Al regresar de la escuela iba directo a mi cuarto. Mientras dibujaba veía de reojo nuestra obra maestra de ingeniería. “De verdad que está bien

lindo nuestro papalote, espero que logre volar muy muy alto”, pensaba. Soñaba con mariposas-papalote que surcaban alegremente los vientos y me despertaba varias veces en las noches para contemplarlo a la luz de la luna. “De veras está bien lindo nuestro papalote”, me decía antes de volverme a dormir.

* * *

Por fin es sábado y nos vamos de día de campo. Cuando llegamos veo que mis papás han organizado todo un festín para celebrar el primer gran vuelo de la magnífica mariposa de papel. Tendemos un mantel bonito y acomodamos sobre él platos con fruta, sándwiches y botanitas ricas que prepararon la noche anterior.

—¡Anda, Leo! Vamos a amarrar la cuerda para tirar del papalote, es lo único que falta —dice papá, invitándome a jugar.

—¡Sííí, yo lo hago, yo lo hago!

Me apresuro al sitio donde papá ya ha puesto la cometa.

—Haz varios nudos y apriétalos muy fuerte.

—Lanzamiento en 3, 2, 1... ¡Tenemos un papalote en el aire, señoras y señores, y vuela majestuosamente!

Allá va, muy alto, y yo soltando línea para verlo subir cada vez más.

Todo sucede muy rápido. Una ráfaga de viento jala y me arrebató el cordel de las manos. Doy un suspiro de sorpresa y corro tanto como puedo para alcanzarlo.

—¡Aaaah, mi papalote!

Sólo veo a la magnífica mariposa alejándose por el cielo. Se me hace un nudo en el estómago y siento unas gotas de agua tibia corriendo por mis cachetes.

—¡No!, mi papalote.

No puedo decir nada más. Toda la alegría desaparece de repente y empiezo a sentir mucho frío por tanto aire y tanta tristeza. Nunca había tenido un juguete que amara tanto, y así, tan rápido, se me ha escapado.

Papá y mamá, que lo han visto todo, me abrazan y me hacen sentir un poco de calma.

—Tranquilo, hijo. Hemos hecho un extraordinario trabajo y nos hemos divertido mucho cada noche compartiendo tiempo juntos. Podemos volver a hacerlo y probar con otros diseños. ¿Qué te parece si mañana comenzamos de nuevo?

—Bueno —digo con algo de resignación.

—A los seres con alas les gusta tener libertad para volar —añade mamá dulcemente, limpiándome las lágrimas y jalándonos de la mano para dirigirnos hacia donde está el pícnic.

Nos sentamos a almorzar, escuchamos mi música favorita y platicamos. Notamos que una pequeña oruga se ha invitado al festín y nos hace compañía mientras se ocupa de una hojita de lechuga. Me guiña el ojo y yo le sonrío. Ya sé de qué color será nuestro siguiente papalote.

Cho

El lugar está lleno cuando te veo entrar de la mano de tu madre. Pareces un poco confundida, igual que los otros niños, quienes llegaron acompañados de sus hermanos, papás e incluso abuelitos. Muchos de ellos, chicos y grandes, fueron mis estudiantes, igual que tú, y con todos construí fuertes vínculos afectivos.

Mis familiares que se encuentran cerca de la puerta los van recibiendo con calidez y los acompañan a sentarse.

Tú te acercas de inmediato a saludarme. Tus grandes ojos me contemplan con serenidad. Yo te miro de vuelta con el mismo ánimo. Me da mucho gusto que hayas venido. Pasamos así varios minutos, sin decir nada, hasta que rompes el silencio con palabras que brotan desde lo más profundo de tu corazón de niña:

—¡Ay, Cho, te quiero tanto! Gracias por todo tu cariño, creo que nunca tendré otra maestra como tú.

De pronto algunos de los pequeños empiezan a llorar. No te explicas qué ha pasado y poco a poco el llanto se contagia. Al ver esto, corres hacia donde está tu madre.

—Mamá, ¿qué ha pasado?, ¿dije algo malo?, ¿por qué los niños están llorando? —preguntas.

Ella sólo te abraza y acaricia tu cabello para infundirte tranquilidad y aminorar tu preocupación. Veo que en tus ojos hay algo de tristeza, pero también dulzura, mucha dulzura.

Luego sucede algo que noto que te incomoda mucho: algunos de tus compañeritos empiezan a susurrar entre ellos.

—¿Por qué no llora? —pregunta una niña.

—Mírala, no está llorando —dice uno de los niños.

Abrazas más fuerte a tu madre y no quieres voltear a ver a nadie. No entiendes qué pasa, sólo sabes que dijiste algo que sentías profundamente y que eso desencadenó un mar de lágrimas. Pero tú no lloras, no entiendes por qué hay que llorar.

Se me ocurre una idea bonita para consolarte: bajito bajito, comienzo a cantarte al oído una canción que les enseñé cuando estábamos en la escuela: “Para mí / el día es tan diferente / despertar con el sol que en mi cara se siente...”.

Poco a poco voy pasando detrás de quienes se encuentran aquí reunidos —los adultos no pueden darse cuenta por el gran impacto que les causa ver mi cuerpo dormido al centro del lugar, yaciendo con los ojos cerrados— y les susurro muy despacito la misma canción que te he cantado a ti. Todos los niños empiezan a cantarla más y más fuerte, bailando a mi alrededor. Reímos. Bailo entre ustedes y, en medio de tanto júbilo, un montón de mariposas surgen del sitio en el que me encuentro recostada y me elevan. Comienzo a volar con ellas mientras les digo adiós con la mano. Nos despedimos entre risas, y les prometo que volveremos a encontrarnos.

Guardiana

¿Te ha pasado alguna vez que piensas que tienes la culpa de algo que pasa en tu familia y eso te pone triste y sientes tu cuerpo muy muy pesado, como si estuvieras llevando una gran carga de leña en tu espalda por mucho tiempo?

Alguna vez me sentí así, pero aprendí que es posible dejar de cargar ese fardo y empezar a ser más feliz. Te voy a contar mi historia.

Me llamo Aurelia, que significa dorada. Dorada como las hojitas de los árboles cuando llega mi cumpleaños o como las mariposas que vuelan en la misma temporada hasta el bosque en el que vivo con mi familia. Cuando nací ya casi no venían mariposas a mi comunidad y un día, cuando estaba por cumplir mi primer año, pasó algo muy triste en mi casa, algo que hizo que las últimas mariposas se fueran por muchos años. Al menos eso creía yo.

Según mi abuela, siempre he tenido un vínculo especial con las monarcas que año con año vienen a dormir al santuario. “Será porque llegaste en los mismos días y porque de chiquitita eras igual de dormilona”, me decía riendo cada vez que le preguntaba por qué creía que teníamos una conexión las maripositas y yo. Pero la verdad me la contó una tarde en la que no se encontraba tan alegre. Esa tarde ella estaba poniendo el altar de nuestros muertos y llevaba un buen rato nomás mirando la foto de mi abuelo. Yo entré para ayudarle, y así de la nada me dijo: “Si de verdad quieres saber por qué están tan entrelazados

los destinos de las monarcas y el tuyo, hoy te vas a enterar”. En su voz había una mezcla de severidad y melancolía.

Verás: mis papás, mi abuela y yo somos guardianes del hábitat de las monarcas. Ellas emprenden un viaje desde el norte de América a finales del verano y llegan a dormir en estos bosques en otoño; lo han hecho desde antes de que nosotros comenzáramos a vivir aquí. Pero hace 20 años empezaron a llegar cada vez menos, hasta que simplemente ya no vinieron más a nuestra comunidad, Cresencio Morales. La tala clandestina y el cambio de uso de suelo para sembrar aguacate acabaron con grandes áreas de los oyameles en los que se posaban a dormir. Además, los plaguicidas usados en el cultivo las envenenaban.

Por eso mi papá, mi abuelo y muchas otras personas de aquí decidieron organizarse en una guardia forestal comunitaria, para patrullar el bosque de la reserva y sus alrededores y así proteger los árboles. Eso no le gustó nadita a los talamontes.

Aquella tarde mi abuela me contó que en la última temporada que las vieron, una gran mariposa, de las más grandes que vio en su vida, entró a la casa y se posó sobre mi cuna por largo tiempo, abriendo y cerrando sus alas.

Entonces llegaron ellos, los talamontes. Tiraron la puerta de la casa a patadas y echaron disparos. Empezaron a amenazar a papá y a discutir con él. Le dijeron que si no quería problemas, los dejaran hacer lo suyo. Uno de ellos intentó agarrarme para asustar a mi familia. El abuelo quiso detenerlo, pero en el forcejeo recibió un golpe en la cabeza con un

arma. Quedó tirado en el piso. La mariposa revoloteaba en el cuarto, agitada. Eso hizo enojar más a los talamontes. Las mariposas eran el motivo que les impedía continuar con su ilícito negocio.

Yo lloraba. Papá, mamá y la abuela gritaban mientras echaban a empujones a los talamontes con ayuda de algunos vecinos, quienes habían venido al oír el barullo. Todo ocurrió tan rápido que nadie había notado que la gran monarca se había posado en el pecho del abuelo; hasta que entraron de nuevo a la casa se dieron cuenta. Fue entonces cuando se percataron de que él ya no se movía y de que no despertaría jamás. Y así como llegó, la mariposa salió volando de la casa.

La abuela creía que en aquel momento la última monarca en visitar la comunidad nos había marcado al abuelo y a mí. Dicen que ellas llegan a llevarse las almas de nuestros muertos y eso habían hecho con la de mi abuelo. Por algún motivo no se llevaron la mía.

Después de ese día la comunidad de Cresencio Morales dejó de ver mariposas en sus bosques. Cuando mi abuela me contó la historia completa, no pude evitar sentir que las mariposas y el abuelo se habían ido con mi llegada y eso me entristeció mucho. Nunca pude conocerlos y dejé de sentirme especial. Al contrario, creía que por mi culpa el abuelo había perdido su vida y la última monarca se había marchado, alejando para siempre a todas las mariposas.

Con el paso de los años fui creciendo poco a poco y entendiendo que las cosas no eran como yo pensaba, que todo

el mal lo habían hecho aquellos hombres que querían tomar algo que no era suyo, que sólo le pertenecía a la naturaleza. Me di cuenta de que aunque yo no podía traer de vuelta a mi abuelo, que se había ido con aquella magnífica mariposa, sí podía hacer algo para que ellas se sintieran invitadas de vuelta a Crescencio Morales.

Le pedí a mi abuela que me enseñara a reforestar y a cuidar retoños de oyamel para verlos extender sus ramas hacia el cielo en un abrazo de bienvenida a nuestras queridas visitantes. Con cada árbol sembrado, la alegría regresaba un poco más a mí. Con cada parcela de tierra convertida de nuevo en bosque, mi familia y mi comunidad se volvían más fuertes y tenían más clara su misión: seríamos cuidadores de cada mariposa que llegara a estos árboles, por los años venideros, hasta que las monarcas decidieran llevarnos a nosotros en un viaje eterno por los aires, en el que ellas se convertirían en nuestras guardianas.

ALEJANDRA GOTÓO

(Ciudad de México, 1991). Estudió Lengua y Literatura Inglesa en la UNAM. Cuenta con una maestría en Antropología Social (Universidad Iberoamericana). Es autora de *Ruptura* (2011) e integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

¿A qué huele mi abuela?

Mi maestra Claudia nos dijo que escribiéramos un ensayo de nuestros planes para estas vacaciones. Vamos a tener un concurso: los mejores tres tendrán puntos extras y el primer lugar leerá su ensayo en la ceremonia. Me he decidido a escribir:

Esta es la primera Navidad que no vamos a ir a la casa de mi abuela. Cuando era bebé, mamá se iba a trabajar todos los días muy temprano y era Babu la que me cuidaba. Se quedaba conmigo, me preparaba el desayuno y jugábamos hasta que me sentía cansada y me dormía. Babu cocinaba muy rico, no se pintaba las uñas y cantaba suavemente. A mi mamá no le queda igual el dorado de las calabacitas rellenas y no sabe preparar chiles en nogada. Babu sabía de todo.

Pienso que esta Navidad será rara, pero como soy una niña grande creo que el cambio es parte de nuestros días. Bueno, la verdad es que Babu decía eso, pero ahora que no está tengo que decirlo para que no se nos olvide.

Mi hermanito Pepe y yo estamos contentos porque no vamos a venir a la escuela por unos días, pero yo me siento rara. Antes pasaba los días fríos de diciembre con Babu; mis papás me daban permiso de ir a su casa, que está en otra ciudad. Mi hermanito Pepe no iba porque estaba muy chiquito y papá decía que Babu se cansaba cada vez más.

Me gusta pensar que no se fue porque quisiera, pero quién sabe. Babu decía que extrañaba mucho al abuelo. No estoy segura de cómo funcionan los adultos.

Me acuerdo del olor de Babu, era algo que siempre reconocía cuando llegaba a su casa. Era un poco de canela y piloncillo, eso

decía ella. Yo digo que era algo más. Mi maestra me dijo que una buena forma de terminar un ensayo es con una pregunta. Ustedes, ¿a qué creen que huele su abuela?

Me gustaría ganar el concurso porque desde hace mucho quiero hablar de mi abuela y cuando lo intento mi mamá se pone a llorar, papá me distrae y cambiamos de tema, pero yo quiero hablar de ella. La extraño mucho. Además, mi hermanito Pepe no se acuerda mucho de la abuela; quiero que sepa que nos amaba y que estaría orgullosa de nosotros.

GOYO ROTTEN

(Toluca, Estado de México, 1991). Estudió Comunicación. Ha hecho radio, televisión y escrito para diversos diarios de la ciudad. Actualmente se dedica a hacer *marketing* digital. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

El abrazo

Llama daba un paseo por el bosque con su familia. Era una de las más pequeñas, pero comía tanto que uno podía ver cómo crecía. Las llamas adultas medían más que los árboles y los abrasaban hasta dejarlos negros, hermosos y brillantes, como todo por donde se abrían paso. Caminaban por el bosque evitando los ríos y senderos.

Llama, a diferencia de las otras llamas de su edad, miraba con detenimiento todo por donde pasaba y abrasaba: si era una planta seca o verde, si era simple follaje o un árbol enorme. “¿Por qué no puedo abrasar las cosas más grandes que yo, mamá?”, preguntó Llama, tirando del hermoso vestido de flamas azules y verdes de su madre. “Porque recibirías un abrazo tan fuerte que te comería”, respondió.

Cuando Llama llegó a ser más grande que un arbusto, notó que los animales huían despavoridos a su paso. “¿Por qué, mamá?”, preguntó Llama. “Les molesta nuestro calor y brillo”, respondió la madre. “¿Somos malas?”, interrumpió Llama, dubitativa. Su madre respondió que abrasar las mantenía vivas. Le dijo que los animales no eran malos por respirar el aire que les daba vida, y que tampoco ellas eran malas por abrasar.

Conforme crecía, Llama caminaba presurosa, y pudo ver de cerca a los animales. Vio ciervos, conejos, osos y venados; todos huían tan pronto se acercaban las brasas. “¿Por qué no les gustan mis abrazos, mamá?”, preguntaba Llama, triste al saber

que nadie que no fuera otra llama querría un abrazo suyo. La madre, que llevaba una falda roja, le dijo que cualquiera debería disfrutar estar vivo, así sea respirando aire o dando abrazos, y que si a ella le hacía feliz dar tantos como fuera posible, debería seguir haciéndolo.

Creció más que otras llamas, no sólo en altura. Brillaba en forma peculiar. Su madre ondeaba de aquí para allá una falda amarillenta y de un bordado sencillo, abriéndose paso entre los árboles anaranjados y rojos. A lo lejos, contemplaron algo que conmovió a Llama: tres oseznos flanqueando a su madre, una osa grande y maltrecha que respiraba agitada, echada en el pasto seco, cansada del humo y de correr para alejarse del fuego. Los cachorros vieron a Llama directo a los ojos ardientes y regresaron la mirada a su madre, quien yacía inmóvil. Vacilantes, corrieron lejos del fuego y del abrazo de las llamas.

Antes de que Llama comentara algo, su madre le dijo que esa osa estaría dispuesta a recibir su abrazo. Llama miró al animal tendido en el piso caliente, agotado. Avanzó cautelosa, segura de que en cualquier momento la osa echaría a correr lejos, como sus cachorros. “Anda, abrásala”, decía mamá con la mirada. Así lo hizo Llama: dio un abrazo como ningún otro a la osa, y del contacto creció un enorme fulgor azul. Vio a los oseznos en dos patas, a lo lejos, como tres troncos inmóviles, luego echaron a correr y se perdieron entre los árboles. La mamá de Llama se acercó para continuar el camino igual que los cachorros, y se fueron, iluminando el paso, tronando ramas y troncos secos.

YAHAIRA GONZÁLEZ BARAJAS

(Almoloya de Juárez, Estado de México, 1986). Licenciada en Comunicación por la UAEMéx. Es cuentacuentos e integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Pic y Poc y el diastolerreloj

Pic se mecía en una hoja, cuando de un rosal una rosa brotó y, al abrir sus pétalos, el perfume de la vida la noche inundó. Del centro de aquel botón, Poc, de color azul, nace y Pic, de color púrpura, siente en el corazón el estallido de miles de estrellas. Entonces toma a su hermano Poc de la mano y lo cobija con el verdor de la hoja; dulce néctar le da a beber y juntos pasan la primavera cantando la canción de la concordia:

Sístole y diástole del corazón,
mil mariposas en esta canción,
volando en tu alma libres serán.
Sus alas en tu pecho vibrarán.
Hermano pequeño, duerme duerme.
La calma danza y te abraza.
Sístole y diástole del corazón,
mil mariposas en esta canción.
Duerme duerme, pequeño Poc.

Pic y Poc ven nubes naranjas desfilan en el cielo de la tarde, recostados en una hoja que el hada del otoño pintó de cobre. Acurrucado Poc en el vientre de Pic, encuentra formas en las nubes: una lagartija, un elefante, una ballena y una cebra. Entonces juegan y buscan animales peculiares, como la lagartija, el balleceronte y la cebramontes.

Pic ama al pequeño Poc, y en Poc se ve a sí misma, como si él fuera su sombra: el mismo cabello revuelto donde las aves han hecho nidos, el mismo color violeta en los ojos, y los pies

grandes y descalzos que causan risas melodiosas cuando las cosquillas vienen del césped o de las hormigas.

Poc ama a Pic. La mira como tres rocas de río más alta y, aunque de puntitas se para, no puede alcanzar a darle un abrazo apretado. No corre tan rápido, en los saltos se queda corto, y aunque intenta comer tantas moras como Pic, las mejillas se le ponen rojas y brillosas cual manzanas, como las de una ardilla que guarda bellotas.

Pic y Poc se aman, aunque en el centro de Poc el diastolerreloj no hace tucutún tucutún tucutún al ritmo de la melodía de la concordia que dura para siempre.

El invierno ha llegado y Pic se ha preparado para la hibernación. Guardó todas las flores que pudo en la primavera. Así, debajo del árbol que duerme ya sin hojas, forma un jardín. El diastolerreloj en el centro de Poc despacito se detiene. Pic abraza a Poc y lo cobija con un pétalo blanco de la rosa invernal. Entonces arrulla a su hermano cantándole la canción eterna, y en quietud lo recuesta en el jardín: tucutún tucutún, shhh. Con lágrimas de cristal, riega las flores para que se mantengan eternamente bellas.

Ahora Pic esperará algunas lunas alumbrada con la luz de las luciérnagas, intentando reparar el diastolerreloj de Poc, hasta la primavera siguiente, cuando de un rosal su pequeño hermano de nuevo florezca.

JUDITH GONZÁLEZ PÉREZ

(Toluca, Estado de México, 1971). Cursó el diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores del Estado de México. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Lección de historia

Para Mara y César

Empezó a gustarme la historia en primero de secundaria. Nuestro maestro Miguel Ángel de la Serna era un buenazo. A mí me latía que se apasionara con sus temas, pero me latía más que luego estos se manifestaban en nuestras vidas: fraude electoral, atentado, devaluación, resistencia civil. Nos hablaba de algo y, tarde o temprano, lo mencionaban en la tele o se hacía viral. Así aprendí mucho de historia: relacionando lo de las clases con las noticias o con lo que se decía en las redes. Debo decir que todo eso lo veía lejano, como si pasara en otro siglo, pero el golpe de Estado, ese sí que lo viví en carne propia. “Un golpe de Estado —el maestro chocó su puño contra la palma de su mano— se da rápida y violentamente. Un grupo se hace del poder, esto es, desplaza por la fuerza a la autoridad considerada legítima. En América Latina, los golpes de Estado se dan contra los dictadores, quienes tratan de perpetuarse en el gobierno a su conveniencia. Y el pueblo se cansa”.

De pronto me vi relacionando las explicaciones del profesor con mi madre y con su forma de ser. Su organización en casa era perpetua. Disponía y ordenaba las compras, los días de usar la lavadora y de cortar el pasto, la ropa para cada ocasión, y casi casi los días de llorar y de reír. Mi padre, mi hermano mayor y yo simplemente seguíamos sus órdenes. Nunca nos había pasado por la cabeza cambiar lo establecido,

porque mamá no nos hubiera dejado: con una mirada torva y un levantar de cejas nos hacía saber que las cosas se hacían como ella decía y así estaban bien. Y sí, todo funcionaba a la perfección.

Estoy exagerando un poco: he dejado a mamá como una dictadora y a papá como un oprimido sin remedio. No era así. Frente a nosotros, papá se subordinaba sin quejarse y sin opinar. Pero, mientras supuestamente mi hermano Marco y yo estábamos dormidos, papá era nuestro aliado: “Lolita, ¿no crees que exageraste un poco con los niños? Déjalos que se sirvan más cereal, hay que darles lo que nosotros no tuvimos. Yo opino que lo permitas, Lolita, pero tú sabrás”. A la siguiente vez, mamá nos dejaba llenar dos y hasta tres veces el plato de bolitas crujientes de chocolate y sentenciaba casi agresivamente: “Pero no más”. Y papá remataba: “Háganle caso a mamá”.

Así vivíamos bajo esta forma de gobierno casera: entre semana, a la misma hora, salíamos temprano juntos. Papá llevaba a Marco a la prepa y luego se iba a su relojería; mamá me llevaba a la secundaria y después se iba a la escuela donde enseñaba matemáticas. Los sábados íbamos a visitar a los abuelos o nos llevaban a alguna plaza, a algún museo. Los domingos eran de restaurante: a papá le gustaban los mariscos, y mamá había proclamado el primer domingo de cada mes para degustar camarones, pulpo y pescado. A ella le gustaban las ensaladas, entonces el segundo domingo nos convertíamos en conejos. Marco prefería la carne, por lo que cada tercer

domingo del mes afilábamos el diente. El último domingo era para mis pizzas. “Todo funciona aquí como un reloj suizo”, decía papá para consolarse.

Como veía a mis padres tan unidos, tan sabios, tan dueños de su casa, yo deseaba ser como ellos y también como Marco, mi hermano casi universitario, quien era ejemplo para mis primos porque desde la primaria había tenido beca, vestía impecablemente, tomaba clases de guitarra o de inglés por las tardes y siempre decía que sí aunque quisiera decir que no.

En una ocasión Marco no barrió la cocina el día que le tocaba. Al siguiente día no lavó los trastes.

—Óigame, jovencito, ¿quién se cree usted?

—Se me pasó, jefa, la neta.

—En mi casa no caben los vagos, lo sabes bien. Si quieres estar aquí, tienes que hacer tus cosas; si no, la puerta está muy ancha. Y soy tu mamá, no tu jefa; háblame con respeto.

—Ya, jefa, aguante.

—¿Ya qué?, ¿qué te pasa? —Se le acercó con ganas de darle una cachetada.

—Hijo, Lolita, cálmense —se atrevió a decir papá.

—¿Cómo me voy a calmar con este holgazán rezongón?

Justamente ahí se estaba manifestando el golpe de Estado. Marco dejó de lado sus quehaceres; luego empezó a usar playeras negras, a peinarse diferente y a delinarse los ojos; después ni siquiera sacaba las cosas de su mochila, ahí se quedaban el fin de semana completo, y una noche la casa se llenó de olor a cigarro.

Papá decía que mi hermano ya no aguantaba la opresión de mamá, que quería ser libre. Decía casi lo mismo que el maestro Miguel, aunque cambiaba “el pueblo” por “Marco”. Nos preguntábamos qué había provocado su transformación y la respuesta entró caminando una tarde después de comer: una joven flaquita flaquita, medio punk, medio gótica. La presentó como su novia y se metieron a su recámara.

Mamá no podía ni respirar del coraje. Se quedó junto a las escaleras tratando de enterarse de lo que pasaba arriba. Unos susurros le llegaron.

—¡No, niña, que no te mienta que se manda solo! ¿No te da vergüenza dar mal ejemplo a tu hermano y pasarte por el arco del triunfo la educación mía y de tu padre? ¡Pero qué va a darte vergüenza si ni la conoces!

Marco bajó y, envalentonado por la presencia de la chica, sentenció:

—Ya estuvo, ¿no, jefa?

En ese momento resonó en mi cabeza el ruido del puño del maestro: la rebelión en casa se había dado “rápida y violentamente”. Mamá infló el pecho lo más que pudo, miró a su hijo como si nunca lo hubiera visto en la vida y sólo pudo susurrar: “O sea que yo estoy loca”. Las piezas del reloj que era mi familia salieron volando; nuestra casa-Estado se venía abajo.

—Ya estoy cansado de esto. No tienes llenadera: me porto bien y quieres que me porte mejor. Nada es suficiente para ti. No puedo ser quien soy porque siempre estoy buscando tu aprobación.

—Pues mientras vivas bajo este techo...

—De ahora en adelante voy a ser como se me dé la gana y me vale lo que digas.

—¡Cállate! ¡Te lo ordeno!

—No me digas que me calle porque no te voy a hacer caso ni en eso ni en nada.

Vociferaban desesperadamente. Papá y yo nos quedamos como estatuas en la sala, incómodos y confundidos.

—No puedes mandar hasta en nuestros sentimientos y deseos.

—Claro que puedo.

—No te engañes: aquí nadie te quiere ni te respeta. Todos te damos tu avión para llevar la fiesta en paz. ¡No eres la mamá perfecta que tú crees!

Mamá se derrumbó en el sillón. Se le había dado a conocer una verdad dolorosa que la hizo sentir un cero a la izquierda, bueno, así decía ella. Marco se fue a la calle con su novia; iba tan molesto que su cara era la de un adulto.

Con el pasar de los días, mamá ya no comentaba nada cuando mi hermano se pasaba toda la tarde en su cama; tampoco cuando la llamaron de la escuela para decirle que aquel niño, hasta hace unos días ejemplar, no había hecho las tareas y que estaba a punto de perder su beca. Y lo peor: había reprobado matemáticas.

Papá y yo inclinábamos en secreto la balanza: Marco fue convirtiéndose en nuestro ejemplo, pues representaba la fuerza, la rebeldía, el valor, el coraje que a papá y a mí nos faltaba;

a papá, porque prefería no meterse en problemas; a mí, porque estaba chico. Lo mirábamos con admiración. Marco lo notaba y nos hacía guiños o gestos juguetones. Entendíamos que el problema no era con nosotros, pero nos hallábamos en el centro de la batalla.

Luego a mamá le dio por platicar con papá. Platicar, no ordenar ni gritar ni imponerse. Era raro verla sin autoridad, sin seguridad, sin mando. Hablaban mucho: “Es que sí, Lolita, está bien la disciplina, pero no tanto”. Papá se volvió su consejero, su guía. Mamá empezó a relajar un poco las reglas de la casa. Marco vivía su libertad; y yo, a mis trece años, trataba de reunir el valor para ser como él.

Marco salía con su novia o con sus amigos, se reía más y decía palabrotas que a papá le divertían. Ya no era el muchacho diligente y amable, ejemplo de buen hijo, pero parecía feliz. Así pasaron unas semanas hasta que Marco se quedó dos días sin salir de su cuarto ni para comer. Mamá todavía no le hablaba, pero se preocupó.

—Quién sabe qué estará haciendo tu hermano. Por favor, César, asómate a ver si todavía sigue vivo.

Iba riéndome porque me pareció que, con ese comentario, mamá se había pasado de la raya. La risa se me acabó frente a la puerta entreabierta: en el piso vi un muñeco mal hecho entre un montón de clínex llenos de mocos, tirados por todos lados.

—Mamá quiere saber si sigues vivo.

—Aunque no quisiera —murmuró aclarándose la garganta, con su voz confusa de niño adulto.

—Uy, el joven quiere morir. —Me burlé para liberar mi propia tensión.

Le detallé a mamá el estado de mi hermano. Por un momento creí verla sonreír, pero no estuve seguro.

Al tercer día, por el hambre o porque sabía que no podían seguir así las cosas, el rebelde se asomó a la cocina a la hora del desayuno. Sus ojos eran de sapo; tan hinchados estaban que nomás de vérselos me dolieron los míos. Tomó un pan tostado y se hizo un té. Mamá, confundida, se quedó mirándolo de reojo.

—Me cambió por un metalero que toca la batería.

Sin que nadie le exigiera nada, echó su ropa a la lavadora, sacó la basura, limpió su cuarto y lavó los trastes.

“El reloj vuelve a funcionar”, dictaminó papá. Así volvió gradualmente la paz después del golpe de Estado. Las cosas cambiaron: empezamos a hacer lo que se nos daba la gana, aunque a mamá no le pareciera bien. Ella no reprendía a nadie por temor a que le echaran en cara más verdades. Hacer lo que se nos daba la gana significaba vestirnos a nuestro modo, desvelarnos, cambiar la rutina de tantos años.

A mamá le costó trabajo dejar de ser la que manda. Ahora todos tomamos las decisiones que sentimos que nos convienen más. Platicamos y nos aconsejamos. Diálogo, conciliación, transición a la democracia. Nociones históricas que siempre se manifiestan.

JOSÉ J. GONZÁLEZ

(Toluca, Estado de México, 1989). Licenciado en Letras Latinoamericanas por la UAEMéx. Es gestor educativo, docente de preparatoria abierta e integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Mi amigo Pulpito

En casa, mi mamá tiene muchos libros. Todo el tiempo le habla a papá de ellos. Los tiene amontonados en todas partes. A veces los encontramos en la sala, en la cocina, en el pasillo o en el jardín. Pocas veces los acomoda en su librero, pues dice que ya no caben.

Ella es profesora en la universidad, y a veces pienso que a sus alumnos también les habla de sus libros. Cuando llega, me siento en sus piernas a escucharla hablar durante largas horas hasta que comienza a ganarme el sueño. Entonces papá me toma entre sus brazos y me lleva a la cama para arroparme y darme un beso en la frente; allí puedo dormir con mi hermanita, una bebé que apenas está aprendiendo a hablar.

Papá siempre deja la luz encendida porque a mi hermanita le da miedo la oscuridad. Lo que ustedes no saben es que debajo de la cama viven monstruos. Los podemos escuchar todas las noches. Gruñen y se mueven. Nunca bajamos los pies hasta que es de día y esos monstruos se van a dormir. Sí, porque también deben de dormir.

Mi mamá dice que no existen los monstruos, que todo se debe a mi gran imaginación. Muchas veces mamá ha regañado a papá porque cree que nos lee cuentos de terror. “Pero ¿cómo se te ocurre leerle eso a las niñas, eh?”, la escuché decir hace unos días. Papá se encogió de hombros y prometió no leernos más.

Los libros que nos lee papá cuando mi mamá se va a trabajar no me dan miedo, de hecho, me gustan. A veces nos lee

cuentos de animales que hablan, de niños que perdieron sus dientes, de robots que quieren conquistar la tierra y de animales que viven en el mar, como las ballenas o los pulpos.

Mamá tiene un cuarto enorme para ella solita y a veces se mete allí a leer durante horas, tantas que algunas veces se queda a dormir en su sillón. Papá dice que si mamá sigue así, se volverá toda una quijota. Yo no creo que la lectura la vuelva loca, pero lo que sí creo es que a veces le hace falta un espejo y un cepillo, porque cuando sale de ese cuarto parece que los gatos se pelearon sobre ella.

Hace unos días tocaron la puerta. Yo estaba en la cocina comiendo con papá y la bebé; pensamos que era mamá. Papá se levantó y se asomó por la ventana para ver si el auto de ella estaba afuera, pero no vio nada. Entonces volvimos a escuchar que tocaron la puerta. Brincamos de susto, pues casi nadie viene hasta la casa a visitarnos. Papá fue hacia la puerta. Mi hermanita y yo nos quedamos en silencio. Sin abrir, preguntó con voz fuerte quién tocaba.

—El correo, señor —dijo un muchacho.

—¿Correo? —preguntó papá con cierta duda.

—Sí, es un paquete para la señora Eva —respondió el muchacho.

Papá abrió la puerta. Afuera estaba un muchacho flaco, alto; era tan blanco que parecía que se había puesto harina en la piel; su cara era similar a la de un pescado. No me crean, pero yo puedo decir que medía casi dos metros o más. Papá pidió que le entregara el paquete a él. El muchacho le dio una

hoja para que firmara y se fue. La bebé me pidió que la bajara de su silla para ir hasta donde estaba papá. Antes de bajar a la bebé, me asomé a la ventana para ver de nuevo a ese muchacho, pero era como si hubiera desaparecido. La bebé y yo caminamos hasta donde estaban papá y el paquete. Afuera había quedado una caja de cartón bastante vieja y maltratada.

—No puedo creerlo. ¿Así entregan los paquetes estos señores? —dijo papá con tono de enojo.

Papá quiso cargar la caja, pero cuando intentó hacerlo se dio cuenta de que era muy pesada. Entonces intentó empujarla, pero la caja no se movió. Me acerqué a él para ayudarlo, pero en el momento que la toqué sentí como cosquillas. Fue una sensación rara. Cuando al fin pudimos meterla, cerramos la puerta. Papá se preguntó cómo un joven tan flaco pudo cargar esa caja pesadísima.

Volvimos a la cocina. Nuestro caldo de pollo se había enfriado y adentro hacía mucho frío, como cuando dejas abierta la puerta del refrigerador. Papá trató de buscar alguna ventana abierta, pero nada. Nos cubrió con una manta que tenía en las piernas y subimos a la habitación. La bebé temblaba de frío.

Papá tenía las manos más suaves que he sentido. Cada vez que tocaba mi cabello para peinarme era como si me acariciara. Me gustaba sentir el latido de su corazón cuando me abrazaba. Mamá también tenía manos suaves, pero ella acariciaba más sus libros. Papá, a diferencia de mamá, escuchaba música. Cuando ella se iba a trabajar, él no perdía ni un minuto y prendía la radio. Lo veía bailar de un lado a otro. Me enseñaba a

mover los pies. Siempre decía: “Ojalá no hayas sacado los pies izquierdos de tu mamá”. Yo no entendía qué significaba eso. Así podíamos pasar toda la tarde. La bebé brincaba de un lado a otro en un intento chistoso de querer bailar. Movía las manos y balbuceaba algunas cosas que sonaban aún más graciosas.

Cuando llegó mamá, se sorprendió al ver la enorme caja que estaba casi en la entrada.

—¿Qué es esto? —preguntó con cierta sorpresa.

—Un paquete que te ha llegado a mediodía —respondió papá.

—¿Un paquete? Vaya a saber de quién sea porque no he pedido nada —dijo mamá con mucha seguridad.

Mamá trató de averiguar quién se lo pudo haber enviado, pero por más que buscó no encontró ningún nombre o dato. Como papá, ella también intentó mover la caja, pero no tuvo éxito.

—Qué frío hace aquí —dijo mientras corría hasta su habitación por un abrigo—. Y eso que aún no es diciembre, eh.

La caja venía envuelta con una cinta café, por lo que mamá tuvo que ir hasta la cocina y tomar un cuchillo para abrirla. Por un momento pareció desesperada, porque el cuchillo se atascaba a cada rato. Lo intentó entonces con unas tijeras, pero el resultado fue el mismo.

—¡Qué extraño! —dijo mientras se llevaba las manos hacia atrás y parecía inspeccionar la caja.

Mi hermanita y yo observábamos a mamá tratando de abrir esa enorme caja. No fue hasta casi una hora después que

por fin se pudo destapar. Cuando nos asomamos a ver qué había dentro sólo encontramos otra caja más pequeña y mucho periódico. Mamá dijo que parecían ser periódicos árabes. Yo tomé un par de trozos y vi que sus letras eran muy extrañas, no se parecían en nada a las palabras que me enseñaban en la primaria. La bebé agarró otro pedazo de periódico y parecía que estaba leyendo. Todos nos reímos.

Papá trató de sacar esa caja más pequeña, pero decía que pesaba mucho. La caja era de madera roja. En algunos de sus lados podían verse pequeños muñequitos que montaban caballos y perros muy grandes. En otros lados parecía tener letras muy extrañas. Además de todo eso, venía cerrada con un enorme candado. Ese candado, según dijo mi mamá, era de oro.

—¿Quién me mandaría una cosa así? —dijo para sí misma.

Mamá revolvió los periódicos que estaban adentro hasta encontrar la llave. Era una pequeña llave plateada. No creíamos que esa llavecita pudiera abrir ese candado enorme. La tomó entre sus manos y giró la llave dentro del candado. Los tres escuchamos un clic muy fuerte. El viento aventó la puerta de la entrada, pues a papá se le había olvidado cerrarla con seguro. Además de eso, en la habitación de arriba se escuchó cómo el viento había azotado la puerta.

—¿Escuchan eso? —preguntó papá.

—Es como un sonido de flautas, ¿no? —respondió mamá.

—Deben de ser los hijos de los vecinos. Los dos hermanos estaban aprendiendo a tocar la guitarra y la armónica.

Era verdad. Se escuchaba un sonido muy bonito de flautas. Yo no había escuchado nada parecido. Me acerqué a papá y le pedí que me abrazara. Mamá abrió con mucho cuidado la caja de madera y vio que en el interior había un libro envuelto en tela roja. Lo tomó con cuidado y, para sorpresa de ella, pesaba lo mismo que una pluma o un cabello.

Con delicadeza, retiró la tela que lo cubría y todos pudimos ver que se trataba de un libro viejo y gastado. Mamá pensó que todo esto había sido planeado por papá, pues él sabía que era una amante de los libros, pero papá parecía no querer decir la verdad, pues negaba que él hubiera pedido ese extraño paquete. Yo le creía a él.

Me acerqué a la caja grande para levantar la cajita de madera, pero mamá no me dejó hacerlo. Papá supuso que esta era la que debía de pesar, sin embargo, cuando la levantó, se dio cuenta de que no pesaba. Todo era extraño y sorprendente. Mamá quiso comprobar el hecho y, con un gesto de sorpresa, se dio cuenta de que el libro y la caja eran muy ligeros.

—Qué extraño, el título viene en latín —dijo mamá—. Incluso creo haberlo leído en alguna parte.

—¿Cómo se llama ese libro, mamá?

—Se llama —pareció dudar un segundo— *De vermibus mysteriis*, que quiere decir *Los misterios del gusano*.

Mamá tomó la caja y subió a toda prisa a su habitación de libros. Papá le gritó que no se tardara, pues la cena ya casi estaría lista. La bebé y yo subimos corriendo hasta donde ella estaba. La vimos sentada en su silla. Yo tomé mi lugar en un

banco que estaba en una esquina; mi hermanita se sentó en una pequeña silla. Tomamos nuestros colores y nos pusimos a pintar. Mamá buscaba libros y libros en cada estante. Tomaba de aquí, luego de allá, también de arriba y de abajo. Quizá se estaba volviendo loca, como la Quijota.

—A cenar —gritó papá desde la cocina.

—Ya voy.

Mamá detuvo todo lo que estaba haciendo.

—Creo que entenderé mejor si tengo el estómago lleno —dijo mientras dejaba los últimos libros sobre el escritorio.

—¿Ya vas a cenar, mamá? —pregunté sin quitar mis ojos de los dibujos que estaba pintando.

—Querrás decir ¿ya vamos a cenar? —dijo mientras se acercaba para ver cómo íbamos con los dibujos. Besó en la frente a la bebé y a mí en la mejilla.

—Sólo termino de pintar este muñequito y bajamos, mamá.

—Está bien, no tarden mucho, eh.

Mamá bajó las escaleras y yo me quedé sentada junto a la bebé apurándome a pintar el último muñequito, que parecía un pulpo chiquito. Volteé a donde estaba el escritorio y vi los libros amontonados allí. Tuve curiosidad. Me levanté y, cuando estaba a punto de sentarme en la silla de mamá, un chiflón hizo que el libro nuevo se abriera. Me quedé sorprendida: en una hoja venía dibujado un pulpo enorme y enojado. Le hablé a mi hermanita para que se acercara.

—¿Estás enojado porque se te perdió tu hijito? —le pregunté.

La bebé trató de imitar lo que había dicho, pero sus palabras no se entendían.

Entonces tomamos nuestros crayones y dibujamos un pulpo bebé en la otra hoja, para que cuando se cerrara el libro los dos se abrazaran. Cuando terminamos de dibujar el pulpo bebé, me di cuenta de que arriba había unas palabras. Yo ya era niña grande, iba a la primaria, así que podía leer sin ayuda de mamá. Las palabras eran las siguientes:

¡Ia! ¡Ia! ¡Cthulhu fhtagn! ¡Ph'nglui mglw nafh Cthulhu R'lyeh wgah-nagl fhtagn!

Dibuja aquí tu pulpo bebé.

La bebé intentaba imitar las palabras que yo pronunciaba, pero al final todo lo que decíamos parecía no tener sentido. Le dije a mi hermana que quizá era inglés o francés. Ella se me quedó mirando como si tratara de entenderme.

Cerramos el libro y bajamos a la cocina a cenar. Papá regañaba a mamá, pues le decía que era el colmo estar comprando cosas viejas de otros países. Mamá guardaba silencio. Me miró y me guiñó el ojo. Los cuatro cenamos. Yo no regresaría a la primaria hasta el siguiente mes, todo porque me había dado sarampión, sin embargo, mamá y papá seguían enseñándome

en casa, y resultaban ser mejores que la maestra. Mi hermanita también tenía sarampión, pues yo la había contagiado. Papá decía que era mejor así, al dos por uno.

—Hora de dormir, pequeñas —dijo papá mientras estiraba sus brazos para llevarnos a la cama.

—Mamá —dije—, antes de que nos vayamos, quiero decirte que ya aprendí a leer mejor. Ya pude leer un pedacito de tu libro, aunque no entendí nada. Hasta la bebé trató de leer.

Mamá se levantó de prisa, me dio un beso en la frente y salió corriendo a su habitación de libros. Papá nos llevó a nuestro cuarto. La puerta se quedó abierta y la luz, encendida. Podía oír un poco de la música que papá escuchaba abajo. Yo trataba de cerrar los ojos, cuando en mis pies sentí cosquillas, como cuando Tere, mi amiga, llevó a su perrito y nos lamió las manos toda la mañana hasta que la maestra lo sacó. La bebé también sintió las mismas cosquillas, pues se levantó a verse los pies mientras decía “coquillas...coquillas”.

Las cosquillas seguían y entonces levanté las cobijas. Allí, en nuestros pies, estaba un pulpo bebé. Era como el que habíamos dibujado en el libro de mamá. Nos miraba con sus ojos enormes. Se veía suavcito, como si estuviera hecho de esponja. Nos estiramos para agarrarlo, pero escuchamos los pasos de papá, y Pulpito se escondió. Mi hermanita y yo nos tapamos rápido, mientras nos hacíamos las dormidas. Sentí la caricia de papá en mis cabellos.

Adentro de la habitación todo era oscuro. Papá había apagado la luz y yo tenía miedo de bajar de la cama a encenderla.

Entonces me acordé de Pulpito. Quizá estaría oculto debajo de la cama o quizá ya se lo habían comido los monstruos.

—¿Dónde estás, Pulpito? —pregunté en voz baja.

Mi hermanita imitó mis palabras, pero como aún no sabía hablar, todo lo que decía eran cosas raras. Me reí quedito para no hacer que papá regresara. Entonces volvimos a sentir ese cosquilleo subiendo por nuestros pies. Allí estaba Pulpito. Su cuerpo parecía brillar.

—Le tengo miedo a los monstruos —le dije mientras lo abrazábamos.

Pulpito también nos abrazaba. Cerré los ojos mientras una bonita canción de flautas se escuchaba en el cuarto. De repente, toda la habitación comenzó a iluminarse de azul. Era como aquella vez que fuimos al mar. Todo era azul: las ventanas, los muebles, el techo, el piso. Pulpito se metió debajo de la cama y se escuchó cómo los monstruos salían corriendo. Los vi brincar la ventana. Pulpito volvió a nuestro lado y dormimos escuchando las olas del mar golpear las rocas. A la mañana siguiente, la bebé no estaba.

VANESSA BALDERAS GUADARRAMA

(Toluca, Estado de México, 1982). Estudió la licenciatura en Lenguas en la UAEMéx. Es autora del cuento infantil *Yāocihuatl* (UAEMéx, 2015) y en 2017 fue beneficiaria del PECDA en la categoría de literatura. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Las campanas

Hace mucho tiempo, cerca de una montaña existió un pueblo que se diferenciaba de otros por ser muy colorido. Sus casas brillaban con los rayos del sol y en el centro había una hermosa iglesia con dos enormes campanas doradas. Estas campanas no eran como todas las que conocemos, ya que producían una melodía con un poder muy especial. Cada vez que el reloj marcaba las tres de la tarde, sonaban de una manera mágica, lo que hacía que la armonía y la paz de ese lugar se mantuvieran.

Las personas que vivían ahí poseían grandes virtudes, se apoyaban y cada vez que escuchaban las campanas repicar bailaban al ritmo de ellas y sonreían. Pero esto cambiaría con la llegada inesperada de alguien.

Una mañana, mientras todos dormían, llegaron al pueblo un hombre, un caballo y una carreta vieja cargada de cosas. El hombre, que llevaba varios días viajando, buscaba un lugar para establecerse y así poder iniciar una nueva vida. Aquel lugar tan colorido le pareció perfecto.

Después de recorrer por un buen rato las calles empedradas, en la puerta de una morada encontró un cartel pegado que anunciaba la venta de una casa. Se dirigió a la dirección que en este se indicaba. Tras caminar unas cuantas cuabras más, llegó al lugar.

Sin pensarlo, tocó la puerta de una pequeña cabaña y un anciano abrió.

—Buenos días. ¿En qué le puedo ayudar? —dijo el anciano.

—Buenos días. Mi nombre es Jonás. Soy un comerciante de aceites. Vengo de muy lejos y busco un lugar para vivir. Cuando recorría el pueblo encontré el letrero de la casa que usted vende y estoy interesado.

Los hombres intercambiaron palabras por un largo rato hasta que se pusieron de acuerdo. Jonás había encontrado un hogar.

Durante los días siguientes Jonás se dedicó a reparar aquella vieja casa. Todo le parecía perfecto, excepto por el ruido de las campanas. Cada vez que estas comenzaban a sonar, a Jonás le brincaba un ojo sin parar y esa dulce melodía, en vez de causarle felicidad, lo ponía furioso. Jonás no soportaba ese repicar y mucho menos que este fuera todos los días y a la misma hora, pues precisamente a las tres de la tarde Jonás acostumbraba tomar una siesta.

Así fue por mucho tiempo, hasta que un día aquel hombre se hartó de ese ruido y de ver tanta felicidad en las personas. De repente tuvo una idea.

Al día siguiente, como todos los días, Jonás salió a vender sus aceites al centro del pueblo antes de que dieran las tres. Pacientemente, esperó a que sonaran las campanas para que su ojo comenzara a bailotear. Entonces, Jonás se tiró al piso y, como una babosa con sal, comenzó a retorcerse, gritando que tenía una visión, que el horrible ruido que hacían esas campanas sólo traería desgracias al pueblo, que era un mal augurio.

La gente, a pesar de estar confundida, sonreía como siempre. Parecía que nadie lo escuchaba; sólo miraban al hombre que se retorció en el piso. De pronto alguien comenzó a gritar: “Un doctor, un doctor, traigan un doctor”. Jonás, al ver que su plan había fallado, rápidamente se puso de pie, se disculpó diciendo que había sido un pequeño ataque que le daba repentinamente, pero que todo estaba bien.

Frustrado y muy molesto, Jonás volvió a casa decidido a tomar una siesta, pero por más que lo intentó no pudo, así que, como un resorte, se levantó de la cama y en vez de dormir decidió planear una nueva estrategia para deshacerse de esas campanas.

Al otro día, después de recoger su puesto de aceites, Jonás puso en marcha su siguiente plan. Esperó a que cayera la noche para acercarse a la iglesia. Sin ser visto, de un costal sacó un filoso y brillante machete, a fin de cortar las cuerdas del campanario y así evitar que el sacristán hiciera sonar las campanas. Realizada la fechoría, Jonás volvió a casa y durmió con una enorme sonrisa.

Los rayos del sol que entraban en la habitación de Jonás tocaron su rostro, lo que lo despertó inmediatamente. Feliz, tomó un buen baño y preparó un rico desayuno. Presentía una jornada con suerte. Salió a trabajar con una actitud diferente, esperando que dieran las tres, sin embargo, para su sorpresa, a las tres en punto las campanas comenzaron a sonar. Jonás no lo podía entender; daba vueltas, iba de un lado a otro y pensaba qué había hecho mal. De pronto, frente a él pasó una señora,

a quien, en su desesperación, le preguntó cómo era posible que las campanas sonaran, si por ahí se había enterado de que las cuerdas del campanario habían sido cercenadas. La señora miró con extrañeza a Jonás y le dijo:

—¿No sabe?

—No, no sé —respondió Jonás confundido.

—Ay, pues en este pueblo ya nos modernizamos y las cuerdas sólo las tenemos de adorno. Ya sabe, por eso de la nostalgia y los viejos tiempos. En realidad, las campanas de nuestra iglesia tienen un sistema que las hace sonar de manera automática.

Tras escuchar aquellas palabras, Jonás no lo podía creer. Cansado de maquinar planes absurdos, tomó una decisión práctica: compró varios galones de gasolina, esperó otra vez a que llegara la noche, bañó hasta el último rincón de la iglesia con aquel líquido y le prendió fuego. Los habitantes del pueblo, al ver que se incendiaba la iglesia, intentaron combatir el fuego, pero era demasiado tarde, pues este había consumido todo, excepto el campanario.

Jonás, al ver el rostro de enojo y tristeza de todos los habitantes del pueblo, aprovechó para decir:

—Se los dije y no me hicieron caso: esas campanas son de mala suerte.

Todos escucharon y creyeron las palabras de Jonás, dejando a un lado la importancia que tenían las campanas para su pueblo. Luego decidieron realizar una asamblea para tomar una decisión al respecto.

Finalmente, después de analizar los pros y contras, el pueblo decidió deshacerse de las campanas.

Al día siguiente todos ayudaron a bajar las campanas de lo que quedaba de la iglesia. Como eran muy pesadas, se necesitaron muchos hombres para cargarlas y tirarlas a un barranco. Todos gritaban de alegría por deshacerse de ellas, pero lo que ocurrió después fue mucho peor que aquel incendio.

Con el correr de los días el pueblo se hacía cada vez más gris: las personas ya no bailaban ni sonreían, se peleaban entre ellas y sus corazones eran oscuros. La armonía y la paz se esfumaron. Todas las cosas bellas que hacían a ese lugar extraordinario se fueron muriendo poco a poco, hasta que la gente se marchó del pueblo y Jonás se quedó solo.

MARIFER MICHEL

(Toluca, Estado de México, 1981). Cursó el diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores Mexiquenses “Juana de Asbaje” y estudia el diplomado Literatura Contemporánea Mexicana en el Centro Cultural Universitario “Casa de las Diligencias” (UAEMéx). Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

La princesa japonesa y el zapatero

En el otoño de la era Edo, en Kioto existió una princesa llamada Reiko Yumikawa. Era tan bella que los habitantes la comparaban con la luna. Tenía piel blanca como el arroz, mejillas del color de los cerezos, su cuerpo parecía una grulla y sus manos eran fuertes como un bambú. Las cortesanas a su disposición le enseñaron a tocar el *shamisen*. Cada noche se sentaba en una roca de su inmenso jardín a tocar el instrumento y a cantar. Las estrellas eran su público. Su melodía esplendorosa resonaba en toda la ciudad.

Un zapatero la escuchó y se prendó de su voz al instante. Decidió seguir aquel sonido e imploró a los astros que le permitieran encontrar su origen. Ellos lo encaminaron retumbando la sonoridad. Cruzó la urbe y llegó a un palacio. Se fijó en que no hubiera nadie y, a escondidas, atravesó el jardín. Se paró detrás de un arbusto y desde ahí vio a la princesa Reiko tocando el *shamisen*. La belleza de la princesa lo eclipsó, lo que dilató los acordes del instrumento.

Cada noche el zapatero se escabullía entre los matorrales del palacio para oírla y admirar su hermosura. En una de esas tantas fue sorprendido por la princesa Reiko Yumikawa. Sus corazones se conjugaron en un hechizo musical. A partir de entonces, se escondían entre los cerezos para que el padre de la princesa no los descubriera. Ella tocaba para él. Cada nota acrecentaba su amor.

Una mañana el zapatero se dirigió al palacio y le pidió a una de las cortesanas que le entregara a la princesa una carta y unas sandalias amarillas que brillaban como luciérnagas. La sinfonía fue el hilo; el alfiler, su conjuro. La princesa Reiko leyó la carta, y una libélula escapó de su estómago al colocarse las sandalias, conocidas como *okobo*. En la noche la princesa le remitió al zapatero su respuesta: se escaparían. Acordaron reencontrarse en la séptima luna en el puente Mikura, en Ueno.

La princesa salió del palacio con sigilo. Las pesadas sandalias le impedían ir rápido. Su corazón retumbaba. Al llegar al puente se puso pálida y se le desdibujó la sonrisa. Su padre los había descubierto. Este sacó una catana de entre sus ropas y atravesó el vientre del zapatero. Reiko Yumikawa se desplomó; un grito hizo que vibrara la noche. Su padre le arrebató las sandalias y las arrojó al agua. Se la llevó a rastras para después encerrarla en un calabozo. Su única compañía, el instrumento musical. Una cortesana se lo dio para mitigarle el dolor. Tocaba todas las noches y cantaba implorando el regreso de su zapatero. Murió de pena, abrazando el *shamisen*.

Cuentan las geishas de Kioto que en la séptima luna de octubre en el puente Mikura suena un *shamisen* y una voz corea evocando a su amado. Las parejas depositan en el puente *okobos* amarillos cuando la luna está en su mayor esplendor, para que su amor sea eterno.

ADSO E. GUTIÉRREZ ESPINOZA

(Zacatecas, Zacatecas, 1988). Es licenciado en letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas y maestro en Humanidades con énfasis en Estudios Literarios por la UAEMéx. Dirige *El Fuego de Luka*. Es autor de *Dum spiro spero y otros cuentos* (Eternos Malabares y El Colegio de Morelos, 2021). Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

La nariz y las flores

Otoño. Hoy es la tarde más calurosa de la estación. Jorge lo percibe por los jadeos de sus perros: un *dachshund* o salchicha y una mestiza, una suerte de combinación de caniche y *terrier*. Los mira y encuentra divertida la diferencia entre ambos perros. Ella es más alta y esbelta, con las patas traseras más largas y la cola delgada, como limpiapipas. Él es más pequeño y gordo, con las patas cortas y anchas, las traseras un poco curvadas hacia adentro, y la cola corta y gruesa.

Jorge los lleva al jardín que está fuera de la privada donde vive con su hermano y su prometida. El perro gordo camina con lentitud, deteniéndose de vez en cuando para oler y mirar a los gatos. La mestiza camina con cierta velocidad, volteando hacia todas partes; se detiene para sacudirse. Jorge se detiene también. Ve cómo se sacude y cómo su cola se mantiene sin moverse, hasta que termina, momento en que la cola da un golpe tan fuerte que se escucha un latigazo. Por fortuna no se golpea contra, por ejemplo, la llanta de algún vehículo. El perro jamás se detiene y sigue su paso hasta que él mismo se da un jalón cuando llega al límite de su correa. Tose un poco. La mestiza lo percibe, continúa su marcha, se acerca y le da unos suaves golpes con la nariz. Jorge cree que así le pregunta si se lastimó con el tirón.

Los tres llegan al jardín. Jorge suelta al *dachshund*. El perro se sacude y anda hacia adelante con mayor velocidad. Olfatea y estornuda. Luego se sacude y sus orejas golpean entre sí.

La mestiza se mantiene al lado de Jorge y olfatea cerca de él. Cuando llega a un arbusto, ella pone una pata delantera y sigue su camino. Luego orina. Jorge ve cómo el perro gordo comienza a caminar con más velocidad, rodea una jardinera y se sienta. La mestiza corre y jala a Jorge hasta el lugar del perro y se sienta. Ambos perros comienzan a jadear y a sacar sus lenguas. Jorge se acomoda a un lado de la mestiza y ella lo recibe agitando varias veces la cola.

Jorge piensa en sus amigos y en quienes ahora ya no lo son más. Sabe que ha cortado relaciones y amistades, desde noviazgos que terminaron para bien o para mal —se rehúsa a llamarlos fallidos— hasta amigos de todo tipo —personas que pretendían ser sus amigos, personas que lo fueron por un tiempo y realmente apreció y otras cuyos rostros iluminaron como candiles su habitación y después murieron—. En un pasado cercano se lamentó por esas pérdidas. Habría querido que todas esas relaciones y amistades se mantuvieran para siempre. Mira a sus dos perros. Antes no se querían o eso daban a entender. El gordo le gruñía mucho y no dejaba que ella se acercara, pero ahora no se alejan y juegan juntos.

Jorge se pregunta sobre las diferencias entre sus amistades y las de su hermano. Él aún mantiene a las que hizo en su infancia y en la carrera de medicina, por ejemplo. También se pregunta acerca de su calidad humana o sus pretensiones, si es que existen, sobre cómo se ha relacionado con los demás.

La mestiza se levanta y comienza a ladrar de manera amistosa. Saluda a don José, el vigilante. El gordo sólo mueve

la cabeza para ver quién es. Don José pregunta sobre el estado de Jorge y de su familia, sobre la salud de los perros.

—¡Hola! —responde Jorge con cierta efusividad; don José lo había asustado—. Bien, hemos estado bien, mis padres también. Justo hablé con ellos, el encierro por la pandemia los tiene un poco estresados. ¿A quién no? Digo, esto ha sido duro. Los perros, más viejitos y menos huraños. ¿Qué tal su esposa, sus hijos y su familia?

—Bien, allá en el rancho. Mi mujer trae a los niños en cintura, los lleva a los campos pa que aprendan a comer de la tierra y no se hagan patos. Mi ma ahí anda, ayudándole a mi hermana con su tienda. A la condenada le va rebien y pos tiene harto trabajo y mi ma quiso ayudarle. Igual así se entretiene. Desde que murió mi pa ha andado tristezona, suspirando mucho, como si la vida se le fuera entre tanto suspiro.

—Lo lamento mucho.

—Gracias, no se preocupe. Mi pa murió hace tres años... por viejito. El condenado nos aguantó un buen. Murió semanas después de haber cumplido noventa y nueve años. ¡Ya no nos hacen como d'antes! Mi ma ya anda en los mismos años: noventa y tantos. O sabe. Mi ma se quita o se agrega años, y pos sabrá cuántos años tendrá. Con decirle que no sabemos dónde está su acta. Sabrá cuántos años, pero... así son las mujeres de misteriosas.

La mestiza se acerca a don José, coloca su cintura sobre el tobillo y le mira a los ojos mientras le mueve la cola con lentitud. Le saca la lengua.

—Quiere que le rasque —explica Jorge—. Así le hace cuando quiere apapacho.

Don José baja la mano y le acaricia el costado libre. La mestiza cierra los ojos y disfruta la caricia. El perro se levanta, le ladra y le quita la mano.

—¿También quieres que te rasque? —le dice.

El perro se sienta y don José le rasca con la otra mano.

—¿Ya cuántos años tienen? —pregunta don José.

—Creo que dieciséis o eso sospechamos. Realmente no sabemos. Mi hermano los rescató de las calles. Ya tienen un rato con nosotros. Bueno, ella más, ella sí ha estado con nosotros los dieciséis años y el otro... mmm... creo que siete u ocho años. Era bastante canijo... nos mordía si lo intentábamos acariciar.

—Sabrá Dios cuánto habrá vivido. Los míos llegaron solitos a la casa, ni modo que dejarles ahí... hambrientos y solos. Nomás que los míos tan más chiquillos... unos cuatro... cuando mucho, cinco años. Son buenos vigilando.

—Ellos sólo quieren mimos, nomás —aclara Jorge.

Jorge estira las piernas y de la nada le pregunta a don José si aún frecuenta a sus amigos. Él, tras reponerse de la sorpresa, le responde que unos ya murieron, que otros dejaron de ser sus amigos y que a un puñado todavía los frecuenta.

—Esos pocos —dice don José— son con quienes he compartido las fiestas de sus hijos. Unos los dejé de ver, pero... pssst en veces nos llamamos, como Paco.

Don José le cuenta una historia sobre cómo cruzó el Río Bravo con Paco, su mejor amigo.

—Jadeamos entre brazadas y creí que moriría, pero meses antes pos aprendimos a nadar... estudiamos técnicas pa cansarnos menos.

Ellos llegaron a Estados Unidos. Después, se separaron y no volvieron a verse más. Su amigo se fue más al norte, para Seattle, y don José al oeste.

—Mi amigo se casó con una rubia muy bonita y bien trabajadora... pssst... creí que nomás se casó pa no volver a México... ta bien eso. Ahora le va bien y sus hijos estudian en una de esas universidades con nombre que no sé cómo pronunciar.

Jorge le pregunta las razones por las cuales le cuenta su historia. Don José esboza una sonrisa, perceptible a pesar del cubrebocas. Dice que sospecha que Jorge carga unas preocupaciones enormes.

—Preocupaciones de alguien que perdió todo.

—¿A quién perdí? —le pregunta—, si sólo he estado saturado de trabajo.

Don José ríe. Le dice que se levante y lo acompañe. Jorge obedece. Don José lo lleva a la jardinera circular, en donde los perros usualmente meten sus narices entre las flores. Jorge las toca.

—El otro perro, el prieto berrinches, el... ¿cómo le decían?... Cucho.

—Cuco —corrige Jorge—, el negro se llamó Cuco. Murió hace unos meses.

—Ese mero. ¿Vio que Cuco se detenía a oler las flores? Era muy curioso, ¿no? —Jorge asiente con la cabeza, aunque

en realidad no supo qué decir—. Cuco se detenía para oler, disfrutar los días y percibir con su nariz los aromas de la naturaleza. Él se fue con la mayor sonrisa y plenitud.

Jorge no sabe qué decir. Recuerda sólo los primeros meses posteriores a su muerte. Bastante difíciles. Realmente quiso volverlo a ver y suprimir su muerte.

—¿Sabe qué es vivir con plenitud?, ¿sabe qué es oler flores?

—No, realmente no lo sé.

—Vivir así... pssst es detenerse a oler las flores, la vida y la naturaleza. Trabajar tanto no te enseñará... bueno... no te enseñará el mundo y la naturaleza... eso... pssst lo aprendes con los años. En realidad el trabajo excesivo puede privarte de las alegrías que se encuentran, por ejemplo, en tener amigos, en oler las flores. Cuco lo sabía.

Jorge se detiene. Ve que los perros se sentaron otra vez, esta ocasión para asolearse. Le cuenta a don José sobre Jesús y Andrea, amistades de años que se disolvieron. Jesús lo usó de chivo expiatorio en engaños que hizo a su esposa. Andrea simplemente se alejó, sin explicaciones, pero sí con burlas sardónicas.

—En ocasiones nos alejamos. Otras veces las personas se alejan, y no siempre es culpa nuestra, Jorge... pssst... no creo que hubiera sido divertido solapar las faltas matrimoniales y cargar las molestias... bueno... una amistad que terminó.

—Yo creo —dice Jorge, recordando a Cicerón— que las amistades se cultivan y se desarrollan con la empatía, aunque...

bueno, a veces soy un cándido que le presta importancia a esos detalles.

—Dios está en los detalles, Jorge.

—¿Usted cree? Bueno, las amistades pueden nacer y morir de la nada.

—¿Sabe?, también mudamos de hojas porque... pssst... lo merecemos, aunque esas amistades hayan sido de años... Esos cambios son más comunes de lo que crees. Aunque no niego que haya amistades para recordar y para siempre.

Jorge vuelve a pensar en los amigos de su hermano.

Don José mira las flores, y Jorge le dice que realmente no entendió qué quiso decir con la imagen de Cuco y las flores.

—Tuvo una nariz muy traviesa —dice—. ¿Estaría siempre con una mujer que cada mañana lo vuelve infeliz y roba su energía?, ¿estaría con una mujer que reza en nombre de Dios y se acuesta con el compadre?, ¿estaría oliendo las flores y disfrutando su perfume o las cortaría para evitar que otros las olieran o el colibrí se alimentara de su néctar? Cuco prefería oler las flores y contarle al otro perro sobre el olor tan delicioso que percibía, y el gordo siempre lo ignoraba. Y ahora, vea: él se detiene a olerlas y se dio cuenta de ese aroma hasta que su hermano falleció. Y la flaca sólo se detiene en el sol para sentir a la naturaleza con sus patas.

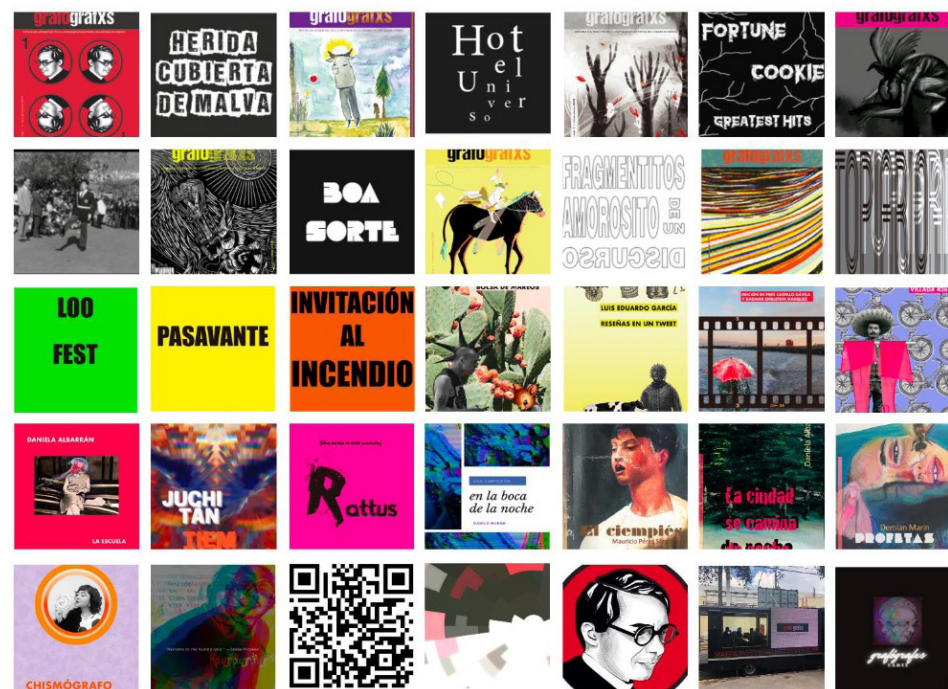
Índice

Ivancito el preguntón	8
El escaque encantado de conocerlo	14
Mariposas de otoño	34
¿A qué huele mi abuela?	44
El abrazo	48
Pic y Poc y el diastolerreloj	52
Lección de historia	56
Mi amigo Pulpito	64
Las campanas	76
La princesa japonesa y el zapatero	82
La nariz y las flores	86

Parte esencial del proyecto editorial de la revista *Grafógrafxs* es el lanzamiento de lxs escritorxs surgidxs de sus talleres de narrativa y poesía. De ahí la necesidad de acompañar en forma de libro electrónico el trabajo que durante las sesiones de dichos talleres ha sido compartido, discutido y editado. Cada sábado, a través de internet, se reúne una comunidad universitaria nutrida, compuesta por estudiantes, profesionistas y profesores con los perfiles más diversos, lo que refrenda el punto de partida de *Grafógrafxs*: sustentar una comunidad universitaria plural, libre y activa, que, junto con sus estudios regulares o actividades laborales, mantenga el fervor por la literatura, y más aún, que encuentre las herramientas para entender la lectura y escritura como una vía compartida, y pueda así escribir su propia historia y haga valer su voz.

El nombre de las colecciones *Pasavante* e *Invitación al Incendio* hace referencia a dos antologías en formato electrónico de los talleres de poesía y narrativa, ediciones especiales de la revista que aparecieron a principios del 2020 y unificaron la visión entre los autores y los coordinadores de los talleres de dar paso a ediciones individuales, consolidando su mérito y talento en un libro, especialmente en estos momentos adversos en los que la continuidad nos obliga a sumar empeños en el plano virtual. También, con las colecciones *Pasavante*, de poesía, e *Invitación al Incendio*, de narrativa, se convida a participar a los escritores y traductores allegados al proyecto de *Grafógrafxs*, cuyos libros atrayentes y de una estética singular redundarán en la configuración de un catálogo que escolte y acreciente el arsenal de nuestrxs lectorxs. Porque la literatura es una reflexión del mundo lúdica y cruel, exagerada y simple, descalza y bocanada de ostracismo, absurda y posesa, trance y veladura, explicación y vuelo sumergido, ciudad real y hangar de duermevela, cíclope y tumulto, fin del camino e ignición, de nuevo queremos decir que *Grafógrafxs* es el espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos, reconocernos y escribirnos.

Sergio Ernesto Ríos



TODO GRAFÓGRAFXS
grafografxs.uaemex.mx

Síguenos

 Grafógrafxs UAEMex

 @grafografxsuaem

 Grafógrafxs UAEMex

Contacto

 grafografxs@uaemex.mx

Caballitos de madera. Antología de cuento infantil y juvenil, es una publicación especial (colección Invitación al Incendio de narrativa) de *Grafógrafxs*, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, Edificio UAEMITAS, Leona Vicario, No. 201, 3er piso, Barrio de Santa Clara, C.P. 50090, Toluca, Estado de México, Tel. (722) 481 1800.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.

Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2020.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 5, núm. 1, de *Grafógrafxs*, enero-marzo de 2023.



INVITACIÓN AL INCENDIO / NARRATIVA

grafógrafxs

